

Introducción

Noto el frío, un frío que proviene de mi espalda. Estoy estirado y me siento incómodo. En lo que sea que estoy apoyado es sólido y rígido, como una camilla metálica. No veo lo que me rodea porque algo me cubre entero, joder. Estoy desnudo y apesta a productos químicos, quizá a algo más que prefiero no descifrar. ¡Me cuesta respirar, hostia! Pero no, no... espera, eso no es lo que más me alarma. ¿Cómo coño he llegado aquí? ¿Dónde está Worren?

Muevo los brazos pero me pesan, ¿qué se supone que está pasando? ¡¿Qué le pasa a mi cuerpo?!

¡Reacciona!

Consigo tirar de la maldita sábana, que cae al suelo. Me duele solo el gesto, pero lo que llevo peor es que una luz que me ciega los ojos. Está justo delante de mí, parece la típica lucecita de los dentistas, y me obliga a cerrar los párpados. Hasta eso me cuesta. ¿Cómo es eso posible, cómo he llegado a este extremo?

Mierda, siento como si llevara años sin abrir los ojos.

A duras penas he conseguido sentarme, me cuesta pero lo he conseguido, aunque te aseguro que no mola nada lo que veo cuando abro de nuevo los ojos, prefiero quedarme dormido, o... lo que sea que me haya pasado.

Me cago en la puta, esto debe ser una maldita pesadilla.

Miro a mi alrededor, pero no, no es una pesadilla, esto es muy real.

Esto es como una maldita peli de terror.

A mi izquierda hay neveras, coño, como esas de las series de forenses y policías.

A mi derecha...

¡Esto es una cámara oculta, tiene que serlo!

Camillas, tío, hay camillas, vacías sí, pero son camillas de hospital. Llego a encontrarme muertos y me cago encima, o algo peor.

~ 1 ~

Esto es una broma muy pesada, pero intento recapitular, porque lo último que hice era besar a Worren. Estaba en una cita con Worren, ¿cómo he acabado aquí? ¿Qué hago aquí?

Vale, tengo que calmarme, tengo que calmarme.

Lo primero es salir de aquí, luego ya grito si eso.

Me rio, sí, me rio con nerviosismo al ver que mis piernas no reaccionan como quiero. Las noto más largas, ¿desgarbadas? Hostia, ¡¿pero qué pasa?!

Trago saliva y pienso en lo peor. ¡¿Y si nos han noqueado a mí y Worren y estamos en un sitio lejano con un puto psicópata?!

Soy el colmo del positivismo, lo sé.

Noto que mi corazón comienza a ponerse a mil. Ya tardaba. Estoy sudando frío. ¡Tengo miedo, ¿vale?!

No lloraré, no voy a llorar. Voy a salir de aquí y voy a buscar a mi novio, tengo que hacerlo.

Siento las piernas torpes, casi sin vida. Me duele al moverme, pero aunque sea así me levanto, vamos si me levanto, no pienso estar aquí ni un segundo más. Intento ser silencioso porque no sé dónde estoy, y digamos que este no es un sitio muy agradable.

Me tengo que aguantar en la camilla con la poca fuerza que tengo, porque siento que voy a desfallecer si me descuido, pero es que no puedo, no puedo.

Lo que llevo peor es que aunque intento recordar qué ha pasado no lo recuerdo.

Oigo un ruido. Son pasos. ¡Vaya momento!

Empiezo a hiperventilar. ¡Joder, joder, joder! ¡¿Ahora qué?!

Miro alrededor, me tiemblan las piernas y apenas me sostengo. Me duele la cabeza de intentar pensar rápido. Si me escondo irán a por mí, si me hago el muerto me meten en el congelador o me descuartizan...

Mierda, mierda, mierda.

He sido demasiado lento, he tardado, el tío que va con bata blanca impoluta me ve en pie. Lo curioso del asunto es que parece tan sorprendido como yo. No te digo, seguro que se piensa que era un fiambre o que la droga que me metió no duró lo que tocaba.

Va a matarme.

Noto la tensión en el ambiente. No se espera encontrarme en pie, y yo sinceramente no voy a esperar a que me hagan trizas.

Me preparo para correr. No pienso quedarme de brazos cruzados.

Empujo la camilla de metal contra el hombre con todas las fuerzas que tengo. Por suerte no es muy grande, y él es un fideo demacrado.

Como aún está sorprendido de verme en pie puedo correr... Bueno, si a eso se le puede llamar correr, pero me escapo, vamos si me escapo.

—¡No, no te vayas, no voy a hacerte daño! —me grita cuando reacciona, yendo tras de mí.

¡Eso es lo que dicen todos! ¡Una mierda me voy a parar!

Sigo intentando correr, pero las piernas me fallan. Tropiezo, y el tío acorta la distancia que he creado con el factor sorpresa.

¡No quiero que me coja, no quiero!

Me arrastro por el suelo como un gusano desesperado por vivir, y el cabronazo me pillá, me agarra y me levanta.

—Tranquilo, eh, tranquilo, está todo bien chaval, todo bien, no voy a hacerte daño. —Sigue con la misma cantinela, como si fuera a creerlo.

Me intento revolver. Maldito psicópata, no vas a matarme, ¡y voy a salvar a Warren!

Tengo el pulso tan acelerado que siento que si no me mata él, voy a morirme por el estrés.

Veó que viene más gente, gente con batas, con... joder, traje de hospital. ¿De hospital?

Dicen cosas que no llego a oír. Me pitan los oídos, me siento histérico, no puedo controlar mis reacciones, ¡tengo miedo!

No me falles ahora, cuerpo, joder, ahora no. ¡No colapses ahora!

Creo que grito, ni siquiera estoy seguro. Intentan calmarme, sigo oyendo cosas que no comprendo. Comienzo a ver borroso. ¿Me han inyectado algo o lo estoy flipando?

No, mierda... otra vez no.

~ 4 ~

Sombras Grises - Hamlet
Por Athalia's
www.athalias.es

==== Capítulo I ====

Presiono los ojos cerrados antes de abrirlos. Ahora sí me acuerdo de lo que ha pasado.

Esos putos psicópatas.

Sigo vivo. ¿Pero por qué?

Cuando vuelvo a mirar a mi alrededor veo que es un sitio totalmente distinto. Parece un hospital. Todo blanco impoluto, el olor inconfundible, y el molesto pitido típico de hospital que enerva a cualquiera.

Miro mis brazos y vuelvo a sentir que estoy desgarrado, y no solo eso: soy yo el que suelta los malditos pitidos. Ando enchufado con suero y no sé qué más, no soy médico. ¿En serio estoy en un hospital?

Noto una mirada clavada en mí. Me tensó y alzo la cabeza para devolverla.

¿Pero qué...? Esa mujer se parece a mi madre, o como sería mi madre si fuera más... mayor.

Esto no puede ser real, es una paranoia de mi cabeza, yo sigo con Worren morreándome, sí.

Veó cómo se cubre la boca con la mano, y me mira como si estuviera afectada, como si me conociera de algo. Está llorando. ¿Por qué?

—Oh, Hamlet, mi bebé... —musita con la voz rota de emoción, aunque no entiendo el motivo—. Mi niño... Estás bien, mi tesoro. Estás bien...

Esa mujer que se parece a mi madre estrecha mis dedos con los suyos y me sigue llamando como si fuera suyo, «mi bebé». Joder, está temblando. ¿Y a todo esto, cómo sabe mi nombre?

Quiero hablar, pero me noto la garganta atascada, en desuso. ¿Cómo es eso posible?

—¿Q-qué...? —logro decir a duras penas; me duele el cuello.

¿Qué pasa, quién eres y por qué te pareces tanto a mi madre?

Se pone a sollozar y se tapa los ojos antes de alzar el rostro.

—No pasa nada, tesoro —asegura—. No pasa nada.

Veo que mira atrás. Justo entonces entra un tío; parece de mediana edad, pero yo no entiendo de esas cosas, menos ahora que me siento confuso, casi como si me hubieran metido en una lavadora con centrifugación. Más o menos así, para hacernos a la idea.

Ah, pero eso sí lo reconozco: lleva en la bata blanca y una tarjeta que pone «Dr. Finnigan».

Así que estoy en un hospital. ¿Pero cómo he llegado aquí? ¿Lo de antes también era el mismo sitio, o una alucinación? ¿Qué es real y qué es mentira? Joder, me siento confuso.

—¿Me oyes, hijo? —pregunta con voz calmada, impersonal.

—Sí... —respondo mientras frunzo el ceño.

Estoy desorientado, no entiendo que pasa, ni tampoco que hago aquí.

—¿Recuerdas tu nombre?

¿En serio me ha preguntado eso?

—Hamlet —lo digo, ofendido, porque es obvio que sé cómo me llamo.

—Muy bien. ¿Sabes cuántos años tienes? —Me acaba de preguntar otra obviedad.

Ahora veo que la mujer ahoga un sollozo y se tapa de nuevo con una mano, pero con la otra me coge la mía. Me siento confuso con su roce. ¿Por qué es tan parecida a mi madre? No puede ser ella, no es tan mayor.

—Trece.

El médico asiente, imperturbable.

—Hamlet, lo que voy a decirte puede suponer un choque para ti —explica—, pero necesito que escuches con atención. ¿Puedes hacerlo?

Comienza a asustarme. Primero me despierto en un sitio raro, que ni siquiera sé si ha pasado de verdad, y ahora esto.

—Mm... Creo.

No estoy seguro de nada. Y no sé si quiero oírlo, pero él lo dice:

—El doce de septiembre de 2009 te desmayaste a causa de una hipoglucemia. Has estado en el coma desde entonces.

¡Venga ya! Eso es imposible, ¡no puede ser!

Me lo quedo mirando con una mueca en la cara.

—Hamlet —continúa sin misericordia—, ahora mismo tienes diecinueve años.

—Eso no puede ser.

Desvío la mirada a la mujer. Si eso fuera cierto, ella realmente sería mi madre. No puede ser, ¡no puede! Yo estaba con Worren en el parque... Esto que dice el medico es imposible, definitivamente imposible.

—¿Dónde está Worren? Quiero verlo.

Ella endereza su espalda y me mira con esos ojitos de cachorrito o algo así.

—No está aquí, cariño —dice con dulzura, o eso parece—. Pero no pasa nada. Yo sí estoy, y papá vendrá... Vendrá en seguida. Todo va a ir bien, tesoro...

Siento mis manos torpes cuando me toco la sien.

—Quiero ver a Worren —exijo—. Es mi novio, tendría que estar aquí.

Tarda en responder y eso me impacienta. Está como perturbada, ¿es que he dicho algo raro? Solo quiero ver a mi novio, no pido tanto.

—Tesoro —responde amablemente—, ha pasado... ha sido... mucho tiempo. Worren no está aquí ahora mismo, él...

Aun no puedo creer que haya pasado tanto tiempo, es imposible, si realmente es cierto yo he tenido que cambiar.

No está Worren, bien, pero quiero verme.

—¿Puedes darme un espejo?

Si ha pasado ese tiempo yo he tenido que cambiar por narices.

—Tal vez no sea el momento apropiado —indica el médico, como si decirme la fecha hubiera sido lo más apropiado del mundo—. Acabas de despertar de un coma muy prolongado.

—No es como si hubiera sido cuidadoso con decirme el tiempo, así que quiero verme, quiero ver que es real lo que dice.

Veo que el médico suspira y mira a la mujer, mi... ¿madre? Como sea, ella parece

titubear pero al final rebusca en su bolso, sacando un pequeño espejo redondo de mano.

—¿Estás seguro, tesoro? —pregunta con la voz húmeda y los ojos brillantes de lágrimas; ¿por qué está así?

—Sí. —Alargo el brazo para cogerlo.

Quiero verme. Necesito verme.

Noto que se resiste un momento, pero por fin me da el espejo.

Lo muevo para volverlo hacia mí, y sinceramente no creo lo que veo.

Este tío no puedo ser yo, es mayor. El reflejo muestra un chaval de pelo largo, muy largo, y la cara... No puede ser, sí que soy yo, ese es mi rubio, mis ojos azules, son mis rasgos a pesar de todo... Sé que soy yo, pero no me reconozco.

¿Qué me ha pasado?

Trago saliva y dejo caer el espejo a mi lado. Si antes me sentía confuso, ahora...

—¿Cuánto tiempo dices que ha pasado?

—Seis... —Ella se traba y traga saliva—. Seis años, tesoro. Ahora ya estás bien y es lo único que importa.

Tiende una mano y me acaricia la cabeza, el pelo. Me siento incómodo cuando hace eso.

—No, no está bien, ¿por qué...?

Me muerdo la lengua para no decir una palabra mal sonante, ya dije muchas cuando me desperté. Esa mujer es mi madre, ¡mi madre! Está tan mayor que no la reconozco.

—¿Se puede saber dónde me he despertado? ¡Parecía la morgue!

No podía aguantarlo más, aquello no parecía ni un sueño, ni una paranoia, ¡era muy real!

—Eso no importa ahora —asegura ella, como si no supiera qué ha pasado—. Estás bien. Mi bebé se ha despertado. Mi pequeño...

Se acerca y me besa en la frente. Me molesta que lo haga, porque sé que no quiere contarme qué ha pasado.

Puedo ver como el médico discretamente se marcha, ¿tal vez para lavarse las manos?

—Sí importa. —Me aparto, algo molesto por evadir el tema—. ¿Qué hacía en ese sitio, y por qué ahora he despertado aquí?

—Bueno... —Mi madre se echa la melena para atrás y eso hace que la odie, en serio, me pone nervioso que evite el tema—. Hubo que sedarte. Dijeron que estabas muy alterado.

—¿Quién no? —me quejo, ya un poquitín cabreado—. Estaba en una maldita morgue, eso era una morgue. ¡Pensaba que me habían raptado y querían quitarme los órganos a Worren y a mí!

No debo perder el control, no pasa nada, no insultes más, eres un señorito.

—¡No, no, mi tesoro! —Me coge de la mano, me la estrecha, sonrío como si con eso pudiera arreglarlo—. Nada de eso. Ahora estás bien, has despertado y todo va a ir mejor. Espera a que llegue papá. También podríamos llamar a tus amigos, ¿eh? Seguro que querrán verte. Te han echado mucho de menos. —Comienza a atusarme el cabello—. Ahora ya estás bien.

—No, no está bien. ¿Me vas a contar que hacía en ese sitio o tengo que exigir explicaciones al médico?

Se queda quieta y me mira. Noto que le tiemblan los labios cuando baja sus manos al regazo.

Espero que me dé explicaciones pronto porque me cansa esperar.

—Oh, Hamlet... Si lo hubiéramos sabido...

—No quiero excusas, ni explicaciones, ve al grano, ¿qué hacía allí?

—Después de tanto tiempo, tú... Oh, tesoro. Tú... Los médicos... Los médicos te dieron por... Te dieron por muerto.

Dicen que me dieron por muerto, pero eso no puede ser, estoy vivo, ¡estoy vivo! ¿Cómo me pudieron dar por muerto? ¡Es imposible! ¡Se supone que son profesionales, se supone que saben lo que hacen!

—¿Cómo que me dieron por muerto...? —Frunzo el ceño.

—A veces sucede —musita mi madre, ahora tan mayor, tan extraña para mí—. Son casos muy raros. No detectaron... No había... No sé los detalles, tesoro, pero ya da igual, ¿no? Ahora estás bien, y has despertado.

Cómo se nota que no es ella la que estaba en mi situación, pero bien, si quiere dejar ese tema tengo otro pendiente: Worren.

—¿Que ha pasado con Worren? Te recuerdo que lo último que sé es que éramos novios y felices.

—Oh, Worren. —Me mosquea, que parece aliviada por el cambio de tema; algo oculta—. Se fue hace algún tiempo. Lo siento, tesoro, pero ha pasado mucho tiempo.

—Se fue, sin más. ¿Sin carta, sin explicaciones, nada? ¿Qué pasa, hizo ver como que yo no existía porque estaba en coma? ¿No pensó ni por un momento que podría despertar y yo preguntaría por él?

Estoy cabreado, lo admito, y no por un motivo, por varios. Me despierto en un sitio repugnante, mi madre no quiere hablar de porqué me encontraron ahí, y lo sé, se le nota, pero lo que más me cabrea es lo de mi... novio, sí. Habrá pasado el tiempo que quieras, pero joder, una carta, algo.

Aún no me puedo creer que yo sea tan... mayor.

Realmente si ha pasado mucho tiempo, pensándolo fríamente es lógico que siguiera su vida, pero no se puede aceptar tan rápido toda esa información.

—Bueno... Ay, cariño, deberías descansar. —La veo sonreír, y por primera vez en la vida eso me fastidia—. Te pondré al día de todo, pero no tiene que ser ahora.

Evitar temas, y evitar, ¿pero qué pasa aquí?

—Deja de censurar —espeto—. Al menos quiero saber de Worren. Tengo derecho, ¿sabes? ¿Él tiene idea de que estoy despierto? ¡Quiero verle, o al menos hablar con él!

¿Es que no puede entenderlo? Fue mi novio, lo último que recuerdo es eso, ¡necesito saber de Worren!

La veo titubear y se mira el regazo. En ese momento desvió la mirada, frustrado.

—No, no lo sabe nadie, solo papá —responde—. Yo... En cuanto me dijeron que estabas despierto... Bueno... No me he separado de ti, cariño, no podría.

Una parte de mi está agradecido, el otro lado sigue molesto por tanta censura, sí.

—¿Y hay alguna manera de contactar con Worren? Necesito que me explique qué pasó, y sinceramente, me gustaría oírlo de su boca.

—Tengo su teléfono. He mantenido a sus padres al tanto de tu... estado. ¿Quieres

que lo llame?

—Sí.

He sido así de escueto porque es lo que quiero, no hay que adornarlo.

—Bueno —asiente ella—. Pero solo si me prometes descansar ahora. Tienes que dormir, recuperar fuerzas. Tienes que ponerte bien. —Me sonrío como si siguiera teniendo trece años.

No tengo trece años, ¿verdad? El rostro de ella me lo dice a cada segundo: está mayor. Y Worren también lo estará. ¿Seré capaz de reconocerle la voz siquiera? Si es que quiere hablar conmigo. ¿Tanto ha cambiado él que ni quiere saber nada de mí? Imposible, mi madre ha dicho que les contaba mi estado.

Qué horror de situación, es como un sueño, o peor, una pesadilla. Nada parece real, pero todo lo es.

Que siniestro.

Me gustaría poder despertar y al abrir los ojos seguir con el beso de Worren.

Como no quiero discutir, asiento.

—Descansa —susurra mi madre, y al levantarse se inclina para besarme en la frente—. Lo llamaré. Los llamaré a todos, ¿de acuerdo?

No me interesan todos, me interesa él, pero vuelvo a asentir.

Ella me sonrío con dulzura antes de coger su bolso y salir. No se va lejos, sino que ajusta la puerta y allí mismo llama por teléfono, como si no se le pudiera oír, y sinceramente eso me beneficia mucho, porque puedo hacerlo.

En seguida se oye su voz, ahora rota, llena de lágrimas, y sinceramente me parte el alma que se ponga así, me pone triste haberle insistido tanto, exigir. Tal vez debo tomármelo todo con más calma, no es justo para ella ponerme exigente.

—¿Worren? Oh, Worren. Worren, yo...

Una pausa; no puedo evitar preguntarme qué dice él.

—Él... —habla por fin ella con voz temblorosa—. Oh, dios. Ha despertado. ¡Está vivo! —exclama.

Entonces, mientras camina lejos de la puerta, estalla en llanto, como si se hubiera estado conteniendo y ya no pudiera más.

Me siento bastante mal ahora que la he oído así. Está claro que tenía que comportarme mejor.

~ 12 ~

Sombras Grises - Hamlet
Por Athalia's
www.athalias.es

==== Capítulo II ====

No tardó en volver, pero yo no sé si es consciente que he oído parte de la charla.

Cuando entró de nuevo sonrió y me dijo que Worren viene mañana.

Eso me hizo pensar que aún soy parte de su vida, ¿no? A pesar de estar... ¿lejos? O eso dice mi madre, no sé, tampoco me he quedado con esa parte de la conversación. Suficiente es saber que has estado durmiendo, no lo sé... ¿seis años?

Seis años, ¿cuánto ha cambiado él?

Cuando lo pienso con frialdad es normal que se fuera, yo estaba en coma; eso era como... estar muerto.

Me pregunto cómo se ha sentido él todo este tiempo, porque lo último que recuerdo es un beso. Hasta llego a pensar que es tan tarugo que es capaz de culparse por esto... Aunque no lo creo, ha pasado tiempo. Seguramente tiene su vida hecha y viene por compromiso.

La peor parte de despertar del coma no es solo asumir que te pegas años sin saber nada del mundo. Es tu cuerpo, que ha cambiado; no lo reconoces. Y luego están los médicos, las enfermeras, que si rehabilitación, que si control... y más control.

En definitiva, que estoy encerrado en estas cuatro paredes una temporada.

Entre medias estoy teniendo alguna visita; la de mi padre, no te equivoques, Worren aún no. Y no voy a mentir: mi padre ha sido un desconocido. Apenas me ha hablado, se ha mostrado distante y se ha marchado relativamente pronto, como si yo no le importara. Quizá sea así.

Aún no sé por qué estaba en la morgue. Estar en coma no significa estar muerto, no literalmente.

No puedo ni pensar que ellos hayan dicho que me desconectarán o algo así, eso es típico en las pelis de terror o donde te llevas mal con tus padres, y vale que con el mío no me llevo de rosas, pero tampoco somos enemigos. Y mi madre no creo que lo

permitiera, ¿o sí?

Pero no he tenido solo la visita de un padre casi ausente; también me han visitado algunos compañeros, y si no llegan a decirme que eran de mi colegio ni me entero. Eran adultos, ya sabes.

Creo que la situación era incómoda para ellos y para mí, muy incómoda. Qué hablar, qué no hablar, cómo tratarnos. ¡Ni siquiera sé nada de la actualidad!

Así que cuando se han marchado ha sido un alivio para mí; también para ellos, estoy seguro.

Y al grano, a mí solo me interesa una visita concreta que espero que aparezca por esa puerta. Lo hará, ¿no? Vendrá.

Estoy nervioso, y no solo porque él ha cambiado, sino porque no sé si en realidad estoy preparado para verlo. Worren ya no tiene trece años, también es mayor, es un adulto con su vida hecha. ¿Y si me pasa lo mismo que con mis otras visitas?

No engaño si digo que para mí aún sigue siendo mi novio. Sé que no lo es, y aunque suene raro, para mí es difícil aceptar que han pasado seis años, pero para él...

Mi madre me dijo que Worren vendría a las cinco, pero ha pasado la hora y él no viene. ¿Y lo peor? Que van pasando los minutos y sigue sin venir. Si en nada son las seis.

Entonces mi madre rompe el silencio con palabras que para mí no tienen mucho sentido, no vista la situación.

—Vendrá en seguida —asegura con dulzura, aunque yo creo que ella también duda—. ¡Estos trenes! A veces sufren retrasos, ya lo sabes. —Me coge de la mano con cariño, pero apenas lo percibo.

Era lógico que no fuera a venir, no sé por qué me he creído que iba a realmente a visitarme. Han pasado seis años, y no sé, quizá en el fondo es mejor así.

—Hm... —Eso es lo único que digo, si a eso se le puede llamar hablar.

¿Por qué estoy decepcionado? ¡Tenía que verlo venir!

—Quizá no ha encontrado la habitación. —Veo que se levanta—. Iré a ver si han preguntado algo en recepción, ¿de acuerdo? Vuelvo en seguida.

—Claro, gracias. —le respondo, aunque sé que va porque cree que quizá así me

siento mejor.

Me recuesto en la cama con la mano en la frente, los hospitales son un aburrimiento.

¿Sería raro pedirle a mi madre una consola? Se supone que soy un adulto, ¿esas cosas deberían seguir siendo de mi interés?

Noto que me da un beso en la cabeza cuando cierro los ojos y la oigo marcharse. Me deja a solas. Está bien un rato de soledad, si en un hospital se considera a eso intimidad.

Aunque al poco me obligo a abrir los ojos porque se abre de nuevo la puerta. ¿Tan pronto vuelve?

—¿Ya estás de vuelta? —digo frotándome la nuca.

Cuando veo quién está en la puerta me da un vuelco al corazón, uno grande, de esos que asustan porque te piensas que se te va a parar. No es que lo reconozca a primera vista, pero lo que veo me gusta y me siento un poco traidor. ¿Y si no es Warren, qué?

Es alto, tan guapo y atractivo, con el pelo del mismo color que él, y unos ojos verdes como los suyos, pero su cuerpo es... Madre mía, reconozco que sigo teniendo mucha predilección por los hombres al verle, y yo que empezaba a creer que me habría vuelto asexual a causa de esto. Está claro que mis gustos hacia mi mismo sexo no han cambiado, ese chico me gusta.

Después de empaparme de él, me doy cuenta de la ropa que lleva, un jersey granate, que la verdad es un color que no le favorece con lo guapo que es, y unos tejanos negros.

Está apoyado en el marco y tiene la cabeza ladeada. Sus mechones se mueven con él, y yo no puedo evitar seguirlos, como tampoco ver cómo aprieta los labios y luego se mueven en una sonrisa que me estremece por completo.

Joder, y perdón por la palabra, pero, joder, ¡es él!

—Vaya —dice con voz suave—. Este cuarto está igual que hace cinco años.

—No como tú, que estás incluso mejor que antes.

Bien, Hamlet, así es como espantas a la gente, ¿cómo se te ocurre soltarle eso

después de tantos años? ¡Que no es nada tuyo!

No se ofende, y me alegra que siga siendo igual, al menos en esto, porque no parece que le haya molestado. Lo veo reírse, y eso me hace sentir bien; a pesar de lo cambiado que está sigue siendo él, y lo he echado de menos.

Worren ya no es nada mío, y aun así quiero que siga siéndolo.

Cuando se acerca noto cómo pone la mano en el colchón, y debe ser casual, porque toca entonces mi tobillo por encima de la sábana blanca.

Aunque empiezo a pensar que no es tan casual cuando la mueve por la pierna, la cadera y el estómago. Bueno, quizá no ha cambiado nada, ¿no?

Me estremezco de nuevo cuando me toca el cuello y me acaricia muy levemente la mejilla, y luego coloca su mano en mi cabeza.

Por un momento me pensé que esto era romántico. Repito: Por un momento.

—Qué bajito estás —dice con cierta guasa.

Será cabronazo. Mira, no me gusta ser malhablado pero hay situaciones que no puedo evitarlo, y últimamente son demasiadas.

Medio sonrío sin poder evitarlo, soltando una risa sin apenas hacer ruido. Es mi risa, que le voy a hacer.

—¿En serio me dices esto, Worren? Ni siquiera me ves en pie.

—Te acabo de medir. Soy muy bueno con estas cosas. Eres un enano. Supongo que uno no crece mucho mientras duerme, ¿no?

Me sonrío alegremente, tan él, y me revuelve el pelo, imagino que como lo haría a otro amigo.

Me siento triste. Worren no es mi pareja y quiero que lo sea, pero él tiene su vida hecha y yo tendría que empezar la mía, comenzando por asimilar que tengo... espera, ¿cuántos años se supone que son? Hm, ah, sí, diecinueve.

—Supongo que no. —Lo miro con una media sonrisa y le cojo la mano—. Gracias por venir, sé que tienes tu vida hecha y que hayas venido a verme significa mucho para mí.

—Tonterías —replica con un bufido vehemente, y se sienta junto a mí, doblando una pierna—. ¿Cómo iba a quedarme en casa sabiendo que por fin te has despertado? Y

lo que te ha costado, tío. Eso de que se le peguen a uno las sábanas... lo has llevado a otro nivel.

Me toco la nuca, nervioso, y desvío la mirada.

—Supongo que mi madre no te lo ha dicho —comento—, pero me he despertado en la morgue. No sabes el susto que me di, pensaba que nos habían raptado, ¿sabes? Y que nos iban a quitar los órganos o algo así...

Se había acabado el momento de risas al contarle eso, porque su sonrisa se fue a la porra y ahora me miraba con mucha fijeza.

—Perdona, ¿qué? —musita—. ¿Que te despertaste dónde?

Me relamo y le devuelvo la mirada, incómodo.

—Era la morgue. Cuando desperté estaba aturdido; tenía la cabeza tapada con una manta o qué sé yo, estaba rodeado de los congeladores esos donde meten los cuerpos muertos yapestaba a lejía y... ya sabes, todo de productos químicos. Lo peor fue que vi un médico; ahora sé que era un médico, pero en su momento pensé que era un chiflado que quería matarme, y tenía que encontrarte. Me puse histérico y salí por piernas, al menos lo poco que me reaccionaban, pero me cogió y me... bueno, vinieron más y me dejaron dormido otra vez. Cuando volví a despertar estaba en esta cama. Y no te engaño si te digo que no reconocí a mi propia madre.

Me gusta que me mire, aunque me da pena que sus ojos alegres estén tan oscuros. Parece enfadado. ¿Es por lo que le he contado? Yo también me cabreé, o mejor dicho, me asusté. Y aún no tengo respuestas de que porqué desperté ahí, pero al estar con Worren me siento bien y me olvido de lo demás.

No tardo en oír la conocida voz de mi madre:

—¿Worren?

Él se levanta a toda prisa y se vuelve. Yo quiero que siga a mi lado; me siento bien por primera vez desde que abrí los ojos. Me obligo a desviar la mirada hacia la mujer, que está en la puerta. Tiene la mano en el pecho y sonrío de una forma cautelosa.

—¡Vaya, ya has llegado! —saluda animadamente.

Da un paso hacia nosotros, pero entonces...

—¿Estuvo en la morgue? —espetea Worren sin devolverle el saludo, así, a

bocajarro, y mi madre detiene sus pasos.

Definitivamente esta cabreado y me siento mal porque me gusta que así sea, porque le importo, aunque sea un poco.

—Eh, da igual, solo te lo quería contar, nada más —trato de calmarlo.

Realmente ya ha pasado y creo que una parte de mí prefiere no indagar más en ello, me revuelve el estómago.

Mis palabras no le calman. Me pide silencio con un gesto y taladra a mi madre con la mirada llena de rabia. Comienzo a sentirme un poquitín estresado por la situación.

—A ver si lo entiendo —dice—. Has llamado a mi madre cada pocos meses poniéndola al día, incluso cuando no había cambios, ¿pero no llamas cuando *se muere*? —Apenas puede entrever que sus ojos están en la más furiosa estupefacción—. Te daba vergüenza hacer esa llamada.

—Worren, qué tonterías dices, yo estaba... —intenta excusarse ella, pero parece nerviosa y eso no me gusta.

—¿Desconectaste el soporte vital de tu hijo?

Su estremecimiento y su silencio ya me hacen entender que sí. Luego la muy hipócrita se pone a llorar.

==== Capítulo III ====

No desconfié de ella, ni de mi padre. Quise pensar que esas cosas no las hacen en la vida real, que nadie puede ser tan...

Me siento decepcionado y traicionado. Mi propia familia me mató, querían matarme porque era un pelele inútil que no se despertaba.

Por un momento deseo no saber qué había pasado, pero ya es tarde. Ya lo sé, y tengo ganas de vomitar.

Me llevo la mano a la frente y me siento, o al menos lo intento, porque me noto nervioso, y siento un sudor frío por mi espalda.

Sinceramente, no sé qué decirle ahora a esa mujer. ¿Qué excusa había para desconectarme?

—Dios, Ophelia —oigo que musita Worren.

—¡Hamlet...! —exclama ella.

No lo veo, pero sí que oigo cómo aparta a Worren y se tira encima de mí. ¿Cree que con eso ya está todo hecho? Abrazando y acunándome como si fuera idiota.

—¡Lo siento tanto! —solloza—. ¡Lo siento, mi pequeño, mi bebé...!

No respondo a sus mimos, tampoco la miro.

—Por favor, vete —le pido con toda la amabilidad posible.

—No, mi amor, escúchame —la oigo suplicar; me sigue acariciando el pelo e intenta moverse para que nos miremos a la cara, cosa que no le correspondo—. No es como tú crees. Fueron seis años, mi amor, tanto tiempo... Los médicos dijeron que... que no despertarías nunca. Mi bebé, dijeron que no había esperanza, y yo... Yo... Ya no podía más, Hamlet...

En parte puedo entenderlo, solo en parte, pero eso no significa que duela menos. Si yo no estaba, todos podrían avanzar. Al fin y al cabo, para ellos estaba más muerto que vivo.

—Está bien —lo digo de forma automática, sin pensar—. No estoy enfadado, pero quiero estar con Worren a solas. Así que márchate, te lo pido de nuevo, por favor.

Ahora mismo no quiero oír las excusas, o sus razones, me dan igual. Ahora estoy, y dicho de forma vulgar, jodido. Y no me apetece tenerla como una mosca pululando alrededor mío.

Me enferma esta situación.

—No, no, mi amor, por favor, soy yo, soy mamá... —sigue insistiendo ella, y comienza a crispas mis nervios.

Noto que Worren respira hondo a nuestro lado.

—Ophelia... —la llama con voz suave.

Y me alegra que él intervenga, porque estoy a punto de comenzar a decir palabras mal sonantes otra vez. No me gusta hacerlo, pero empieza a ser algo demasiado habitual esto de maldecir.

—¡No! —reniega ella con un odio que no comprendo, cuando el afectado soy yo—. ¡Tenías que venir a volverlo todo del revés de nuevo, ¿no?! ¡Tenías que hacerlo! ¡Pensé que habrías crecido un poco, Worren!

En mi mente es ella la inmadura. Estoy pidiendo lo más amable posible que me deje a solas un rato, que me deje pensar, tranquilizarme y no decir cosas de las que quizá podría arrepentirme. Necesito aceptar demasiadas cosas y no quiero estallar.

Sea como sea Worren la mira con fijeza, o eso creo ver al alzar un poco la cabeza. Tengo la sensación que no le ha importado lo que ha replicado ella. Pero sinceramente no me gusta lo que veo que hace ahora, porque se clava los dedos en el brazo opuesto y aspira fuerte. ¿Por qué hace eso?

—Desde la opinión de alguien que ha crecido un poco —dice con calma—, creo que tu hijo, que tiene mentalmente trece años, acaba de descubrir que has intentado matarlo. En lugar de forzarlo a escuchar tendrías que ir a tomarte un té, descansar un poco, y volver en un rato. Yo me ocuparé de que todo esté bien por aquí.

Agradezco que Worren diga exactamente lo que pienso. Veo que ella tiembla y se encoge, cierra los ojos con fuerza. Se le desbordan las lágrimas mientras lentamente se pone en pie.

Me tiene un poco cansado con su victimismo; tendría sus razones, pero yo quería espacio. Lo necesitaba con urgencia.

—Gracias, Worren, eso es lo que intento decirle todo el rato —indico—. Ahora mismo no quiero que me agobien con lágrimas y palabras que no voy a aceptar estando nervioso.

Porque aunque no lo parezca estoy atacado de los nervios y a punto de mandarlo todo a freír espárragos.

No es que esperara que fuera a soltar un sollozo y se fuera corriendo sin siquiera mirarnos. Me hace sentir mal que se vaya así, pero al menos me ha dejado espacio. Necesito un poco, solo un poco de paz.

Poco a poco apoyo la frente en las rodillas, encogido. Me duele el estómago, el corazón... Me siento enfermo por la situación.

—No sé si hubiera preferido morirme —digo—. Todo sigue su curso, como es normal. Y yo siento que no debería estar aquí.

—Eh.

Vuelve a sentarse a mi lado y me coge del hombro; es un poco bruto sacudiéndome, tanto que acabo por mirarlo a la cara. Está serio, hasta diría que enfadado.

—No se te ocurra decir semejante estupidez —espeto.

—¿Por qué no? Ella ya aceptó mi muerte, nuestros antiguos compañeros son adultos y no sabía qué charlar con ellos, fue incómoda su visita. Mi padre se ha vuelto un desconocido, y tú has hecho tu vida sin mí. Es normal, incluso es mejor que haya sido así... pero yo aún quiero que seamos pareja, ¿sabes? Sé que han pasado seis años, pero no acabo de ser consciente de eso y... —Me llevo la mano a la cabeza, suspirando.

Él aspira con fuerza y frunce el ceño. Noto sus dedos apretar mis hombros, aunque no tarda en relajarse. ¿Le han molestado mis palabras?

—No pienses en esas cosas ahora —pide con más suavidad—. No pienses en todo lo que ha cambiado. Estás despierto, Hamlet. No sabes lo que significa para todos. — Cuando lo miro veo que aprieta los labios, y me siento ruin al querer besarle; él ya no es nada mío—. Para mí.

Lo peor es que me hace estremecer con su última palabra.

—¿Qué significa para ti? Con sinceridad, quiero saberlo —le pido, mirándole.

¿Es posible que haya seguido enamorado de mí todo este tiempo? No lo creo, hubieran sido un martirio para él estos seis años.

Worren ladea la cabeza con una leve sonrisa, la timidez y la dulzura mezcladas en su justa medida. Lo adoro, da igual el tiempo que haya pasado: sigo enamorado de él.

Noto que coloca las manos por detrás de mí, sobre el colchón, quedando muy cerca. Me roba el aliento unos instantes y me hago saber a mí mismo que no puedo besarlo, no es nada mío. Ya no.

—Si fuera capaz de encontrar las palabras —responde—, te las diría. Si hubiera sido por mí, habría estado al lado de tu cama todos los días hasta que despertaras, Hamlet.

Cuando dice esas cosas siento que él responde a mis sentimientos, pero no puede ser, ¿verdad?

Espera, ¿ha dicho que si fuera por él?

—¿Te obligaron a mudarte?

Aprieta otra vez la boca. Quiero que deje de hacerlo porque como siga así lo beso y la armamos.

—Sí —dice—. Mis padres decidieron que era lo mejor para mí, aunque me huelo que tu madre tuvo algo que ver con esa decisión. No es por acusar a nadie.

Me molesta que lo obligaran a hacer algo que no quería. Este era su hogar, ¿por qué tuvieron que sacarlo de aquí?

—¿Por qué lo hicieron? —Frunzo un poco el ceño—. No harías ninguna locura mientras estaba en coma, ¿verdad?

—No —responde, riendo—. Pero venía a diario. Te leía las lecciones de clase. En la vida había estudiado tanto. Supongo que a mis padres... —Lo noto titubear al hablar—. Sé que les preocupaba que me consumiera en esta habitación, contigo, en lugar de ser un crío de catorce años normal y corriente que sale con sus amigos y copia los deberes en el último momento.

—Lo siento, Worren. —Llevo mi mano a la frente y echo hacia atrás mi pelo, tan

largo e incómodo así—. Lo siento mucho. Todo esto fue por mi culpa.

Lo veo fruncir el ceño y recorrerme los rasgos, seguramente porque ya no soy como antes. Estoy horrible y lo sé, pero Worren no menciona nada de mi mal aspecto.

—No digas tonterías —se queja en un tono aburrido, cansado, luego se endereza y se aparta de mí para ponerse mejor las mangas—. Desde luego, no es culpa tuya.

—Verás, Worren, el día de nuestra cita no me encontraba bien y aún insistí en salir, diciendo que no pasaba nada. Fui un estúpido y nunca creí que fuera a acabar de ese modo. No sé cómo disculparme por ello. —Le cojo la mano con fuerza—. Espero que no hayas sido tan tonto de culparte a ti mismo. Te conozco, o mejor dicho, te conocía, y eras perfectamente capaz de hacerlo. Solo espero no haberte destrozado la vida por esto.

—Hamlet. —Su mano estrecha la mía con firmeza, y eso me hace sonreír levemente—. Eres quien ha estado en coma durante seis años. No le has jodido la vida a nadie. No puedes pensar así. Tienes que pensar en salir de este hospital y recuperar el tiempo perdido, ¿me oyes?

No puede decirme eso, no puede... porque ahora no tengo cómo morderme la lengua. Voy a decírselo y voy a meter la pata.

—No puedo recuperar el tiempo perdido cuando ya no te tengo en mi vida, cuando sé que han pasado seis años y vives lejos, cuando no eres mi pareja. Porque me imagino que habrás tenido tu vida, tus... parejas. Es más, si actualmente tienes novio, eh... novio, supongo, no sé, bueno, yo... Lo que quería decir es que si tienes pareja ahora deberías volver.

Soy idiota, ¿cómo se me ocurre soltarle esas chorradas? Se supone que tengo diecinueve.

Veo como Worren aprieta la mano libre en un puño, y solo con eso sé que lo he incomodado, que he metido la pata como imaginé. Me mira con fijeza a pesar de todo, pero no dice nada durante unos segundos; me habría dado tiempo a contarlos si no fuera porque estoy tenso.

Cuando vuelvo a mirar ha aflojado el puño y sonrío, tan dulce como siempre.

—¡Hijo! —me exclama, risueño, como a un amigo—. Pero qué difícil me lo

pones, guapo.

Me suelta, y la barriga me hace de las suyas, un retortijón de disgusto porque sé que algo no está bien: lo he puesto en un aprieto. Luego, como quien no quiere la cosa, me revuelve el pelo, pero yo no puedo dejar de pensar que la he cagado.

Cuando agacho la cabeza él se levanta y se pone a mirar afuera, o eso creo, no estoy seguro de lo que hace porque no le veo, me he quedado anclado en las sábanas blancas.

—Voy a quedarme todo el tiempo que me necesites, Hamlet —asegura con seriedad, y oigo que se frota la ropa—. Si... quieres que me quede, claro.

Worren ha venido por compromiso, vino por lo que fuimos una vez. Quizá porque realmente sí se sintió culpable.

Me duele el corazón porque he perdido al amor de mi vida para siempre, y no puedo hacer nada por recuperarle. Es demasiado tarde. Seis años tarde.

Trato de acomodarme en la cama y no llorar. No es el momento de echarme a llorar como un niño.

Tengo que recordarme que tengo diecinueve, no trece. Se supone que debo ser más maduro, más adulto.

—No te preocupes por mí. —Cierro los ojos—. No quiero importunarte, Worren, solo quiero que sigas con tu vida como has hecho hasta ahora. Realmente agradezco que hayas venido aquí por mí, pero... sé que es difícil de entender, pero ahora mismo no puedo tratarte como un amigo, ¿sabes? Para ti son seis años...

Cállate y deja de decir esas cosas, deja de decirlas, Hamlet, eres un niño egoísta. ¿Qué esperas que te diga él? Oh, para mí tampoco ha pasado el tiempo, seamos novios otra vez. Hay que ser un crío para pensar eso.

Worren se queda callado unos segundos, inmóvil.

—Lo que hay en mi vida puede esperar —dice en voz baja—. No hay nada que merezca la pena. ¿Tú me quieres aquí?

—Sí, quiero que te quedes aquí, pero no atarte a mí. —Me muevo para encontrarme con su rostro—. ¿Por qué nada merece la pena allí?

Worren alza la mirada al techo, y me da la sensación que se piensa la respuesta. Se

coge un brazo con la mano opuesta y después se ríe por lo bajo.

—No —niega—. Realmente no hay nada que valga la pena. —Entonces vuelve a mirarme, sonriendo—. De modo que si quieres que me quede, me quedaré.

Se me hace raro que no tenga nada por lo que volver. Sí, se fue por obligación, pero no nos engañemos, han pasado muchos años y él pasa totalmente de las confesiones que he hecho.

—Me gustaría, sí. —Inspiro hondo—. Así me pones al día de tu vida. Y si tienes mano, no estaría de más que me cortaras este pelo, es bastante odioso.

Se vuelve a reír, y eso me gusta.

—Será un placer —asegura—. Deja que encuentre las tijeras y volveremos loco a quien venga a limpiar luego.

==== Capítulo IV ====

Worren se ha vuelto un hombre preparado, porque cuando dejó la bolsa en la cama sacó unas tijeras al poco de rebuscar. Luego se metió en el baño y cuando salió me puso la toalla sobre los hombros. Estuvimos en silencio cuando comenzó a cortarme los mechones.

Me alegra que lo hiciera, porque odio ese pelo tan largo y sin forma.

Confío en que lo hará bien.

—No soy ningún profesional —comenta cuando casi ha acabado—, pero, bueno, hace un par de años que le corto el pelo a mi padre y todavía no se ha quejado. Aunque puede que sus compañeros de trabajo le hagan burla.

El pobre es un idiota que no valora lo que hace, pero hasta tiene su encanto que sea así.

Me doy cuenta que ha acabado cuando me revuelve el pelo, aunque ahora me da igual que lo haga, es corto, por fin corto, igual que cuando era... crío. O al menos así noto la medida. Tengo uno mechones desiguales por la frente, eso me gusta. Y la nuca casi despejada, un alivio.

—Gracias, Worren, echaba de menos esta medida, y eso que solo ha sido un día, poco más. —Lo miro, medio sonriendo—. Lo noto como si fuera la medida de antes, cuando... bueno, antes de caer en coma.

—He hecho lo posible —asiente él con una sonrisa, tan adorable—. Lo que no tengo es un espejo, pero puedo llevarte al lavabo para que te mires, si quieres.

Worren se pone a recoger lo que ha cortado para tirarlo, supongo que a la papelera del baño, porque el váter se embozaría con tanta pelusa.

—Con lo fuerte que pareces no creo que sea un problema para ti llevarme al baño —respondo—. De todos modos, me aguanto más o menos bien en pie.

—¿Sí? —Regresa y me sonrío otra vez, y noto que me suelta una mirada

pensativa, como si dudara de lo que he dicho—. Pero si hace dos días saliste de un coma de seis años. Supongo que lo de caminar va a ser que no, ¿eh?

—Te aseguro que cuando desperté no pensé en otra cosa que correr. Cuando uno está desesperado saca fuerzas de donde sea —me río.

—Ahora no te hace falta. Trae, yo te llevaré.

No puedo evitar volver a reírme cuando me destapa con toda la suavidad del mundo. Es tan delicado que me hace sentir raro, no soy una princesita de cuento de hadas.

—No soy la bella durmiente —le digo, divertido.

Él me coge por detrás de los hombros y de las rodillas. Realmente me va a levantar cual princesita, sí.

En cuanto lo hace el condenado suelta gruñido de dolor y me deja caer de nuevo.

—Oh, mierda —masculla con voz ahogada—. ¡Tío, cómo pesas! ¡No me lo esperaba!

Sisea con expresión angustiada, y no tarda en mostrar una sonrisa. Como si no pasara nada.

—Me has pillado desprevenido —asegura.

El cabrón me acaba de llamar gordo en toda la cara. Vamos, lo que me faltaba por oír.

Le resoplo, enfadado. ¿Cómo no voy a molestarte? Que después de seis años te digan que te sobran unos kilos...

—¿Qué esperabas? Aunque quiera no tengo trece años. —Vuelvo a resoplar por la nariz.—No soy la bella durmiente, te lo acabo de decir.

—Lo siento, lo siento, es que no me lo esperaba. Mira, no pasa nada.

Y para intentar dar crédito a sus palabras me levanta de nuevo, aguantando el sobreesfuerzo. Un poco tarde, ¿no?

—¿Ves? Como una pluma —dice alegremente, caminando hacia la puerta del baño.

Frunzo el ceño porque ya no tiene perdón sus palabras, ahora ya no hay excusa.

—No, Worren, ahora no digas que tengo peso pluma cuando me has llamado foca

—me quejo ofendido.

—¡Disculpa! Yo no te he llamado eso. Es que no estaba preparado. Es la primera vez en mucho tiempo que llevo a alguien en brazos, ¿sabes? Dame un poco de cancha, tío.

Oigo un leve golpe y al momento se enciende la luz, así que doy por hecho que le ha dado un caderazo al interruptor. Sea como sea, cuando me quiero dar cuenta ya me veo en el espejo.

No es la primera vez que observo mi reflejo, pero sí con detalle.

Worren es perfecto, ligeramente bronceado, con un cuerpo trabajado, el pelo algo desordenado, pero con encanto; me gusta. ¿Qué voy a decir de él que no sean buenas palabras? Me tiene enamorado.

Eso sí, el tipo que está con él, es decir, yo, da un poco de pena.

De por sí siempre he sido un chico pálido, pero ahora lo soy más. Tengo esa típica cara enfermiza, un cuerpo delgado, seguramente porque no hay gran variedad de menú cuando estás en coma. En fin, se nota que no estoy en mi mejor momento, sin más detalles.

No sé cómo Worren no ha podido cogerme con facilidad desde un principio, o peso más de lo que parezco o tiene los músculos de adorno.

Al menos el pelo lo tengo reconocible, es lo único que veo parecido a cuando tenía trece años: desenfadado, corto y con algo parecido a un flequillo. Digo «parecido» porque no es recto, es desfilado. Creo que el mejor resumen que podría decir es que parece uno de esos pelos que tienen en los videojuegos, protagonistas con peinados de punta.

No me pasa por alto que él también mira el reflejo mientras aprieta esos labios que me quiero comer. Me gusta verle sonreír. Cierro los ojos cuando se ladea para frotar su mejilla en mi cabeza.

—Qué guapo estás —ronronea.

Worren mismo se busca que le tire la caña, o mejor dicho: un jarrón de coqueteo en la cabeza. ¡No puede decir esas cosas y quedarse tan ancho sin esperar respuesta!

—Si no quieres que te responda con flirteo, mejor no me comentes estas cosas,

Worren —le advierto—. No puedo controlar mis emociones si me sueltas piropos. — Medio sonrío, abriendo de nuevo los ojos—. Llámame gordo. O sería más correcto decir: flacucho con cara de muerto.

—No tienes cara de muerto —replica él con el ceño fruncido—. Estás muy vivo. Pero sí estás flacucho. Hay que poner algo de carne en estos huesos de pajarito.

—Mejor no, o no podrás levantarme con tus músculos de adorno. —Muevo la mano para tocarle bromista el brazo izquierdo, y no me gusta cuando lo hago.

Lo noto mojado y aunque al principio me pienso que es sudor, al mirar veo la sangre.

Inspiro hondo, alterado.

—¿Qué coño...?

Worren no me responde, lo noto tenso bajo mi cuerpo mientras me sigue cogiendo en brazos. Alzo la vista a sus ojos y me da un escalofrío cuando veo ese rostro inexpresivo. ¿Qué puñetas acaba de pasar?

Cuando se mueve lo hace para dejarme sentado en el váter, en la tapa.

Sale del baño, callado, y cuando vuelve aún en silencio me limpia con una toallita húmeda.

—Worren. —Frunzo el ceño—. Quítate el jersey.

Habré despertado de un coma profundo, pero no nací ayer. Me está ocultando algo.

¿Por qué todos tienen tanto secretismo?

—Cuando te vuelva a dejar en la cama —responde con una voz tan calmada que tiene que ser forzada por huevos, más si no tiene valor a mirarme a la cara.

Cuando se mete la toallita manchada de sangre en el bolsillo de los vaqueros se la saco al momento, resoplando.

—No seas guarro, tío, esto a la basura.

—No puedo tirarlo a la basura, lo podrían ver.

¿Y qué mierda importa que se pudiera ver? Vale, Halmet, temple esa lengua viperina.

Voy a quejarme cuando se la pone otra vez en el bolsillo, y antes de poder hablar

me coge de la cintura con el otro brazo y me levanta.

—Worren, hostias, ¿me vas a decir ya qué pasa?

—Caaaaaalla, pesado.

No me da tiempo a quejarme cuando me lleva otra vez en la cama, aunque sigue sin mirarme a la cara.

¿Pero qué le pasa?

—Basta ya de esquivarme, quítate el jersey y dime qué ha pasado.

El cabrito me resopla cuando le pido explicaciones, pero por fin me mira a los ojos.

—Tengo una herida —confiesa—, y se me acaba de abrir. Ahora mismo estoy empapando el jersey, así que si no te importa voy a arreglarme un poco.

—Puedo llamar a la enfermera, Worren, sus curas serán mejores. —Me frotó la frente, molesto con él—. ¿Por qué no me has dicho antes que estabas herido? ¿Tanto te cuesta?

—Hamlet, no quiero que la enfermera lo sepa.

—¿Por qué? —pregunto, enfadado—. ¿A qué viene tanto secretismo? ¡Cualquiera puede hacerse daño, joder!

No me hagas hablar tan mal, Worren, no me gusta perder los estri...

—Porque me lo he hecho yo.

==== Capítulo V ====

No entiendo cómo puede decirlo con calma y mirándome a la cara tan tranquilo.

Me froto la sien, nervioso.

Acaba de soltar que se hace daño, ¡y lo dice en serio!

—¿Por qué lo haces?

Worren aprieta los labios y baja los ojos, pensativo.

—Porque me hace sentir mejor —responde al final, lanzándome una mirada tímida, culpable.

Lo primero que me pasa por la cabeza es que ha comenzado a hacerse esto por mi culpa.

—¿Cuándo empezaste?

Titubea visiblemente.

—¿A los catorce? —dice, dubitativo—. Desde luego no había cumplido los quince. ¿Te importa si voy a remendarme un poco?

Me revuelvo el pelo.

—Joder sí, perdona, ve. Luego hablamos.

—Gracias, guapo.

Encima con esas, como si no pasara nada va y coge su bolsa para encerrarse en el baño.

¿Qué te he hecho, Worren?

Me estiro en la cama y cruzo los brazos sobre mi rostro, tapándome los ojos con ellos.

Le obligaron a abandonar su hogar por mí, y encima se hace daño. La peor parte es que lo dijera como si no fuera un problema.

Lo es, y grave.

¿Cómo le hago entender que no está bien lo que se hace?

Quizá es hasta prepotente pensar que le he causado yo esto, pero es probable; si hago memoria lo más seguro es que cayera en el maldito coma en pleno beso. ¿Quién no se trauma en una situación así?

Tarda en salir, pero cuando lo hace se ha puesto un jersey ancho negro que tiene imperdibles adheridos a la parte baja, se supone que como adorno, aunque si soy sincero pienso que son para hacerse daño. Tal vez soy un malpensado.

El muy tunante sonrío, como si no pasara nada.

—Listo —dice con ánimo, volviendo a dejar la bolsa a los pies de la cama y sentándose a mi lado.

—Tú no verás el problema de esto, pero yo sí. —Resoplo, molesto—. Así que vas a comenzar a hacerme caso, te guste o no. —Alzo entonces un dedo señalándole—. Punto uno, quítate ese jersey. O en su defecto los imperdibles. Ya.

Worren baja la mirada a su pecho y vuelve a mirarme.

—Bueno, aclárate, ¿me desnudo o me quito los imperdibles? —pregunta con guasa.

El cabrón me hace sonrojar y atragantarme con la saliva.

Ja-ja.

—¡Menos guasa, hostia, te hablo muy en serio! —me quejo—. Haz lo que prefieras y luego pásame tu mochila.

Sus ojos se desvían a la bolsa, y sé que no le gusta que lo mencione.

—¿Por qué? —pregunta.

—Tienes un problema y hay que comenzar a afrontarlo, voy a ayudarte. —Tiendo la mano—. Dame la bolsa, no me hagas recurrir a acciones de mal gusto.

—Eres un mandón, ¿sabes?

A pesar de lo que dice y suspirar de forma teatrera, me da la bolsa. Su mirada dice claramente: te estoy vigilando.

Y sinceramente, me importa una mierda, así de mal dicho.

Cojo la bolsa y empiezo a rebuscar para sacar todo lo que sea peligroso.

—Y no lo voy a decir más veces, fuera esos imperdibles.

—Eh, eh, eh.

Con brusquedad me quita la mochila, a lo que resoplo, enfadado.

—Ten cuidado —dice, ceñudo—. Dios. No puedes meter las manos así en las bolsas de la gente, no sabes lo que hay dentro.

Y aunque dice eso se quita los imperdibles, ¡menos mal!

—Por eso quiero tu mochila, dámela otra vez. Voy a quitarte todo lo que pueda hacerte daño, absolutamente todo. —Lo miro con seriedad y fijeza—. Pobre de ti que me entere que te autolesionas, tendremos algo más que palabras, ¿queda claro? Esto es una enfermedad y tenemos que remediarlo.

—Ya lo sé —replica con languidez—. Pero no puedes tratar esto quitándome la navaja o las agujas. El mundo está lleno de herramientas para hacerse daño, y aunque no estuvieran, no puedes sencillamente arrancarme las uñas, ¿verdad?

Guarda los imperdibles dentro de la bolsa. Lo que significa que cuando me descuide volverá a usarlos.

Me relamo los labios, porque aunque me duele, voy a usarlo como amenaza. Sé que esto va a incomodarlo mucho y por eso lo haré. Por él.

—Si no quieres que te acose, que te fuerce a besarme, no lo harás. Seré poca cosa, pero puedo forzar situaciones embarazosas para ti. Y no te va a gustar.

Me está taladrando con la mirada, encima se queda callado y serio. ¿Tanto lo he incomodado con esa maldita frase? Duele un poco, aunque era lo que quería conseguir.

Cuando creo que el silencio se está excediendo demasiado, alza las cejas y ladea la cabeza.

—Estás utilizando la amenaza equivocada —comenta en tono ligero.

¿En serio? Porque yo creo que no.

—¿Y eso? Te ves incómodo siempre que hago alusión a mis emociones, me parecía una buena amenaza. Es obvio que ya no te gusto.

Han pasado muchos años y los cuentos son solo eso, cuentos.

—Hamlet, no tienes ni idea —asegura él calmadamente.

—Entonces ilumíname —exijo.

—Creo que ya tienes bastantes problemas con haber salido del coma y todo eso. Dios, yo no quería que lo supieras, ¿vale? —Worren resopla y se pone de lado,

apartando la mirada—. Nadie lo sabe. Bueno, hay una persona, pero en realidad no está muy al tanto de que sigo haciéndolo.

Me cabrea que no quisiera que me enterara, pero más me molesta que lo supiera otra persona y no se dedicara a él, a ayudarlo.

—Mira, si hay algo que me preocupa más que mi bienestar, es el tuyo, te guste o no. —Suspiro y me froto las sienes—. Así que habla.

Veo cómo tensa la mandíbula, mirando hacia la puerta del baño.

—La primera vez fue inconsciente —responde al final—, y también la peor. —Extiende su mano izquierda y muestra la palma, partida por una cicatriz diagonal desde la raíz del dedo índice hasta la muñeca, en el otro lado.

Me estremezco de horror al verlo, siseando por lo mucho que debió dolerle.

—¿Qué ocurrió? —Con cuidado le cojo la mano y no pienso cuando se la acaricio con mimo.

Le amo, y no quiero ningún mal para él. Aunque el hecho de estar en coma ha provocado que se haga daño. Que irónico.

Si hubiera estado despierto todo sería diferente.

—Que me hice un bocadillo —responde con ligereza, y vuelve la cabeza para sonreírme, como si nada, ¿sabes?—. Ya ves.

—Sí, ya veo. —Frunzo el ceño—. ¿Por qué y cuándo se volvió un hábito? Siempre hay una razón.

Y algo me dice que es por mi culpa.

—Siempre fuiste un listillo, ¿sabes, guapo?

—Y tú te has vuelto muy esquivo. Deja de hacerme la rosca y sigue explicando.

—Te odio. Dios. —Worren resopla y se frota el rostro con la mano de la cicatriz; está tan nervioso como yo—. Muy bien, si es lo que quieres. Empezó cuando acepté que había sido culpa mía. ¿Contento?

—Sabía que eras tan idiota de culparte. No has cambiado nada —resoplo, frustrado—. ¿Es que no eres consciente que todo fue mi culpa? ¿Quién cayó en coma, Worren? Es que lo sabía.

Me muerdo el labio y me dejé caer de nuevo en la cama, cerrando los ojos con

fuerza.

—Yo sabía que no estabas bien. —Su voz es dura, frustrada como la mía—. Lo sabía y aun así seguí.

—No podías saberlo.

No puedo más y lo tomo del rostro, acercándomelo.

—Mira, Worren, vamos a arreglar esto, ¿vale? Los dos. Y... tenemos que pensar que todo va a ir bien a partir de ahora. —Le medio sonrío—. No sirve de nada culparnos los dos por algo que ya ha pasado. ¿Tengo o no razón?

Me mira con los dientes apretados y el ceño fruncido.

—Ciertamente —acepta en voz baja—. Te lo he dicho porque has preguntado.

—Ya lo sé, y quería saberlo. —Lo obligo a acercarse a mí—. Ahora, deja que haga algo que llevo tiempo esperando, solo una vez. Por favor.

La arruga de entre las cejas se hace más profunda, pero a pesar de eso Worren apoya una mano a mi lado, aproximándose, mirándome fijamente a los ojos.

No puedo evitar medio sonreír. Va a dejar que lo haga por pena, y yo voy a ser tan egoísta que voy a tomarlo.

Cierro los ojos y lo beso como llevo queriendo hacer desde que soy consciente de mí mismo.

==== Capítulo VI ====

Noto que se tensa. Sé que Worren no quiere esto, pero lo hace. Aspira con fuerza. Lo hace por mí, por mi deseo egoísta.

Solo una vez, por favor.

Parece que oye mi súplica, porque se vuelve complaciente y responde con suavidad. ¿Tal vez está imaginado que se besa con alguien que ama? Al menos así no será tan duro para él.

Noto su mano en la espalda, sin presionarme. Su beso es suave y... parece vergonzoso.

Lo estoy forzando.

Me siento mal al momento y me separo. Aprieto los labios, con los ojos cerrados para no llorar.

—Siento haberte pedido algo así, perdóname —susurro.

Lo oigo respirar hondo, lo ha hecho de forma temblorosa. Soy lo peor, lo he forzado hacer algo que no quería.

Esas cosas no deben hacerse ni por lástima.

Maldito egoísta. Eso es lo que soy, un egocéntrico que no ha pensado en él y todo lo que sufre por mi culpa.

Se aparta de mí, como es de esperar.

Lo miro mordiéndome el labio.

—Lo siento —repito, sintiéndome mal por lo que he hecho—. Tendrías que haberme pegado un bocado, no haber sido tan complaciente conmigo. Lo siento mucho, no lo haré más. ¿Serás... serás capaz de perdonarme?

Por favor, perdóname, déjame al menos tener tu amistad.

—¿Quieres dejar de ser tan subnormal? —Para mi sorpresa me espeta eso con voz ahogada, y encima se aferra el brazo herido.

Le aparto la mano con brusquedad. No quiero que se haga daño.

—No te hagas daño —le suplico—. Da igual lo que me digas a mí, pero no te agarres así.

—Joder, Hamlet.

Después de eso se levanta y no para de dar vueltas. Se frota pantalones rítmicamente, con la mandíbula tensa y el ceño fruncido.

Me está poniendo nervioso hasta a mí.

—Worren, ven. —Tiendo la mano hacia él—. Ven.

—No —masculla—. Espera. Joder.

—¿Por qué? Ven, hostias, si estás frustrado a veces funciona que... Da igual, olvídale.

¿Por qué iba a quitarle el nerviosismo un abrazo mío? Eso provocaría lo contrario, como está pasando ahora por un maldito beso.

Se queda callado durante un maldito minuto, con la mirada perdida en la ventana, tenso y ceñudo, con los dientes apretados y frotando las palmas de las manos contra la tela de sus pantalones. Me apetece meterle una hostia que se le quite la tontería de una vez.

Como sea, luego respira hondo, exhalando con lentitud.

—Hamlet —habla por fin—. Hace cinco años que me corto o me pincho o me arañó por el mero hecho de pensar en...

Entonces vuelve a cerrar el pico. Ni siquiera puedo verle bien la cara.

—¡Worren, habla! —exclamo, molesto—. ¡Quiero la maldita verdad al desnudo!

No quiero más excusas de nadie, quiero la verdad, duela o no.

—¡De pensar en ti! —suelta de pronto—. ¡Dios!

Se golpea la frente contra el cristal de la ventana y se queda quieto. Me siento mal por haberle hecho decir eso, pero es lo mejor para los dos.

Sí que era por mi culpa, pero no sé cómo ayudarle a superar esto. No lo sé, quizá realmente si le abrazo deja de querer hacerse daño y me lo hace a mí.

Me quedo callado durante unos segundos, pero luego respiro hondo.

—¡Ven aquí ahora mismo!

—No me estás escuchando —musita Worren, sin moverse.

—¡Que vengas, hostias!

—Dios...

Lo oigo jadear, aunque no sé bien por qué. Al final se separa de la ventana y se coloca junto a la cama, mirándome con fijeza. Un poco más y me taladra con los ojos. ¿Lo peor? Que parece algo así como contrariado.

Inspiro hondo y me muevo para abrazarlo con la fuerza que tengo.

Venga idiota, si tienes que hacer daño a alguien que sea a mí que soy la causa de este problema tuyo.

—Hamlet, coño... —lo oigo mascullar.

Es un alivio que en vez de apartarse se siente a mi lado, y aunque es lento acaba por rodearme.

—Déjate ir, lo que tengas que hacer, hazlo, deja de retenerlo o hacerte daño por ello. Suéltate. No voy a enfadarme.

Hagas lo que hagas.

Lo aprieto un poco más contra mí.

—Ya lo sé. Ya lo sé, pedazo de idiota. Estúpido. Zopenco.

Sinceramente, esa retahíla de insultos me hace reír.

Noto cómo hunde su rostro en mi hombro. Está tenso, pero me sorprende estrechándose con fuerza, cada vez más.

Es una manera rara de hacer daño, ¿no? O culparme por lo ocurrido.

No puedo evitarlo, le acarició la espalda.

—Siempre voy a quererte, Worren. —Suspiro—. Tan solo lamento haber estado seis años lejos de ti.

—No, Hamlet, joder... No puedes hacer esto... Te dejé en coma, coño...

Frunzo el ceño al oír eso, y me enfada mucho que piense así.

—¿De verdad crees que fuiste tú? —replico—. Estás equivocado. ¿Cómo puedo hacerte entender que el coma fue algo de mi cuerpo? No tuviste nada que ver. Hubiera pasado igualmente en algún momento, con o sin ti.

No me responde, pero cuando se frota en mi hombro, siento algo húmedo en la

bata del hospital.

—¿E-estás llorando?—pregunto alterado.

—No, he aprendido a sacar sangre por los ojos. ¡Claro que estoy llorando, idiota!

Será exagerado. Al menos cuando lo dice ríe, una risilla húmeda y nerviosa. Y aun así me estremece.

—No tendría que haber venido —musita de pronto—. Lo sabía, lo sé, pero es que tenía tantas ganas de verte... solo una vez... Asegurarme de que estabas despierto y bien...

—¿Por qué no? No ha sido tu culpa, Worren, lo que me ha pasado no ha sido culpa de nadie. —Inspiro hondo y busco la manera de olerlo, sentirlo—. Si no hubieras venido te aseguro que nada en esta vida valdría la pena. ¿Para qué despertar si te tengo lejos?

—No puedes decir esas cosas. Coño, Hamlet.

Me coge de los hombros y se aparta. Eso me duele, pero lo acepto.

No me gusta cómo me mira, me siento mal cuando lo hace. Tiene los ojos rojos, el ceño fruncido y las mandíbulas tensas.

—He pasado cinco años asfixiando cada pensamiento —espeta—. Cada vez que quería llamar para ver cómo estabas. Cada vez que quería visitarte, tocarte, besarte. Cada vez que pensaba en ti, dios.

—¿Por qué? ¿Porque creías, y repito, *creías*, que tú habías provocado esto cuando es obvio que no? ¡Joder, Worren, yo te amo y te necesito a mi lado!

Él aprieta los labios un instante.

—Estarías mejor sin mí —asegura en un murmullo—. Joder, Hamlet. Pero si estoy tarado.

—Sí, lo estás, por hacerte daño al creerte culpable de esto.

Me muevo para poder cogerle del rostro.

Me sigue queriendo pero me aparta porque se siente culpable. Él no ha causado esto, ¿por qué debería? Worren siempre ha sido idiota, pero nunca creí que a esos extremos.

—Por suerte, puede arreglarse —le digo.

No pienso contenerme, ahora no voy a sentirme culpable al besarlo porque me quiere. Él me sigue queriendo.

Así que me acerco para besarlo, para sentirlo otra vez.

Escucho su quedo lamento y me rodea con los brazos a la vez que su boca acaba respondiendo a la mía. Se mueve contra mis labios y no puedo aguantarlo, no puedo contener las lágrimas.

Me siento vivo y feliz por sentirlo de este modo.

No me gusta que se separe, aunque lo entiendo, tenemos que respirar. Por suerte no se aparta demasiado y apoya su frente en la mía.

—¿Por qué me lo pones tan difícil? —musita.

¿Que yo se lo pongo difícil?

—No, tú me lo has puesto complicado a mí, pensaba que no me querías.

Worren no tiene otra cosa mejor que hacer que golpearme la cabeza, riendo, pero lo ha hecho.

Prefiero un beso. O dos. Mejor tres.

Luego cierra los ojos con expresión contrariada.

—Claro que te quiero —masculla—. Nunca he dejado de quererte. Pero qué tonto eres.

Suspiro levemente, porque a pesar del golpe recibido ha dicho que sigue queriéndome.

Me parece tan irreal que algo me salga bien, que no puedo ni creer que esté sucediendo.

==== Capítulo VII ====

Mi madre ha entrado en la habitación; ya tardaba en hacerlo, después de irse corriendo. Al menos ha regresado con el doctor, eso debe significar algún avance. O eso espero.

—Ha llegado el momento de hablar sobre tu estado y los siguientes pasos, Hamlet —eso me dice el médico; no llego a leer su nombre en la plaquita metálica, aunque tampoco me he esforzado en hacerlo.

Le suelta una mirada Worren que me molesta, la típica de «largo, solo familiares». Mi... ¿chico?... no se lo ha tomado mal, él nunca se toma nada a malas, así que sonrío y dice que tenía que llamar a casa.

Por su integridad física promete volver en un par de horas. Pobre de él que no lo cumpla.

Antes de irse se inclina sobre mí para besarme la frente. Me gusta que su despedida sea con voz suave y un mimo.

—Bien —prosigue el doctor cuando Worren se ha ido—. Tu madre ha pensado que preferirías encontrarte en un entorno conocido mientras te recuperas. ¿Es así?

Lo miro alzando una ceja.

¿Eso significa que me puedo ir a casa? No creo que se tan fácil.

—Sí, lo cierto es que sí.

No creo que a nadie le guste estar entre cuatro paredes blancas todo el día.

—Naturalmente, mi recomendación es que permanezcas aquí durante algunas semanas —me explica el médico—, pero en vistas de las peticiones de tu familia, y teniendo en cuenta el poder adquisitivo del que dispone, es factible llevarte a casa con determinadas condiciones. Vas a necesitar un cuidador las veinticuatro horas del día durante un tiempo, y fisioterapia para recuperar la plena movilidad. Un médico acudirá a verte dos veces al día.

Lo que hace el dinero, ¿eh?

—¿Te gusta la idea, tesoro? —me lo pregunta con dulzura y una mirada suplicante, casi desesperada; seguramente lo está, al fin y al cabo sé que decidí desconectarme—. Estarás en casa y muy bien atendido. Incluso el servicio te ha echado de menos, ¿sabes? Contrataremos a una cuidadora profesional y un fisioterapeuta se trasladará con nosotros. Podemos ir a la casa del campo, ¿qué te parece? Estarás muy tranquilo. O podemos quedarnos en una de las de aquí, para estar cerca de tus amigos. ¿Qué te parece, mi bebé?

No tengo ganas de discutir, así que asiento con la cabeza.

—Siempre y cuando Worren pueda trasladarse conmigo —advierto—. Sé que es decisión suya venir, pero de aceptar quiero que esté a mi lado.

Es lo único real de toda esta mierda.

La veo dar un respingo, y suspiro. Sé que no se esperaba que dijera algo así, pero es lo que quiero. Es ella a quien no puedo comprender. Supongo que sigo siendo inmaduro.

—¿Seguro que quieres...? —musita—. Oh, bueno, sí, claro, cuando vuelva se lo podemos proponer... pero seguro que tiene que volver a casa.

—Es posible, pero quiero proponerlo y de aceptar, quiero que esté a mi lado. Y quiero hacerlo yo.

—Claro. Claro, mi amor, seguro que estará de acuerdo en pasar unos días en casa contigo. Al fin y al cabo ha sido un viaje muy largo.

Medio sonrío y desvío la mirada, tocándome la nuca. Si va todo bien él querría estar más de unos días, pero no quiero entrar en detalles con ella.

—Gracias.

Sé que la charla se está volviendo un poco incómoda. Al menos para mí.

—Bien, habrá que comenzar cuanto antes con los preparativos —dice el médico.

Estará bien salir de aquí. No me gustan los hospitales. Bueno, ni a mí ni a nadie.

—¿Quieres que me quede contigo hasta que vuelva Worren? —Eso lo pregunta ella, tratando de ser amable y dulce, cogiendo mi mano.

¿Debo creer que esta actitud es real? Hace dos segundos se ha ido corriendo

llorando y ahora viene otra vez en ese plan.

¿Qué es falso y qué es verdad?

—No es necesario, gracias.

Al menos intento ser educado con ella.

Sé que le he hecho daño con mi respuesta, pero aún no estoy preparado para perdonarla, sigo dolido y espero que lo entienda.

No es fácil perdonar que te hayan... No diré matado, pero sí darme por muerto por falta de esperanza.

Yo no hubiera podido hacerlo.

No tarda en sonreír con tristeza y hablar:

—Iré a intentar agilizar los trámites, ¿de acuerdo? —Se levanta en ese momento—. Regresaré en un rato.

Sé que intenta dar lo mejor de sí, y sé que a pesar de todo me quiere, pero hizo algo que no puede ser perdonado en unas horas. Sencillamente, aún me cuesta creer lo que ha pasado.

Sea como sea ella me besa en la frente antes de irse con el doctor.

Me he quedado a solas en ese cuarto, sin nada que hacer, ni siquiera lectura. No es que sea muy aficionado a leer, pero podría ponerme con tal de hacer algo.

Worren tarda y yo quiero tenerlo conmigo ya.

Él se toma su tiempo para llegar. Es normal, tiene cosas que hacer, pero cuando oigo cómo llaman a la habitación sé quién es. Creo que se ha tirado una hora fuera. Se me ha hecho eterna.

Worren le ha dado con los nudillos en la puerta al asomarse. Va más cargado que antes, ¿lleva un portátil? Al menos lo que veo es una bolsa de uno.

—Pensé que Ophelia estaría por aquí —comenta mi chico.

Niego con la cabeza y me acomodo para poder verle mejor.

—¿Es cosa mía o ha aumentado de volumen lo que llevas encima?

—Puede.

Se acerca, sentándose en el sillón junto a mi cama; deja su equipaje a un lado.

Saca un portátil de la bolsa que creí era para eso. Va bien preparado, no me lo esperaba.

—He ido a comprarlo a la tienda de electrónica que hay a dos manzanas —me explica—. Vaya, me ha dado un poco de nostalgia al ver que seguía ahí.

Así que es nuevo. ¿Por qué lo ha cogido? No puedo evitar tener curiosidad.

—Es normal —medio sonrío—. Sera una experiencia para los dos pasearnos, en mi caso si veo algo cambiado será raro, en el tuyo nostalgia verlo todo igual, ¿eh?

Lo veo dar un respingo, y eso me sorprende. ¿Por qué me mira con vergüenza? No lo entiendo. ¿He dicho algo raro? ¿Se lo ha tomado a mal? Vale, el idiota seguramente se sienta culpable por sus palabras y mi letargo de seis años.

—Sí —murmura—. Sí, parece que va a ser un poco extraño para los dos.

—Eh, que no lo he dicho como algo malo. —Alzo una ceja—. Pero cuéntame por qué te has comprado un portátil. Después puede que te proponga algo, si te portas bien.

Me siento un poco malote al hacerme el interesante con el tema de invitarlo a venir conmigo. Quizá realmente no quiera, como dijo mi madre, pero me gustaría que accediera; así estaremos juntos más tiempo. Oh, sí, más tiempo a su lado. ¿Habrá más besos? Espero que sí.

—¿Esto?—pregunta él.

Baja la mirada al ordenador mientras lo abre y enciende.

—Pensé que necesitaría acceso a la *wifi* del hospital y un lugar donde tomar apuntes —responde con sencillez, aunque parece un poco juguetón, no sé, quizá estoy flipando; ¿ocultan algo sus palabras?

—¿Apuntes para qué? —Ladeo la cabeza, interrogante.

Worren suspira, sin apartar la mirada de la pantalla.

—Sé perfectamente que tengo un problema —confiesa, serio, y me alegra que lo admita—. Y... no me da la sensación de que me vayas a dejar estar sin más. Vas a seguir acosándome. Vas a seguir tentándome hasta volverme más loco de lo que ya estoy, ¿a que sí?

No puedo evitar reírme y apoyar una mano en su espalda.

—Que bien lo sabes. —Me muevo para mirarlo mejor—. Y por eso quiero proponerte algo.

Despega la mirada del portátil para mirarme, preguntándose qué voy a decir.

—No creo que estés en disposición de perder la virginidad, cariño. —Eso es lo que sale de su boca con toda la dulzura del mundo.

Quiero matarlo por sus palabras, por hacerme pasar un momento incómodo en el que no puedo controlar mi sonrojo y tampoco el nerviosismo. Me revuelvo el pelo.

—¡No es eso, Worren! —exclamo, alterado.

Que la idea es bonita y buena, pero... joder, no.

—¿No? —Sonríe con inocencia.

¡Pero será...!

—Que no. —Inspiro hondo y lo miro con más seriedad—. A ver, el caso es que el médico me deja salir de estas cuatro paredes para seguir mi rehabilitación, y según mi madre puedo elegir la casa que quiera para ello. Así que tú decidirás cual, si quieres venirte conmigo. Ella está de acuerdo, solo falta que desees acompañarme.

Lo veo dar un respingo, poniéndose serio por fin.

—Ey, ¿te puedes ir ya a casa? —pregunta—. ¡Pero eso es genial! Y... ¿Ir contigo? ¿Y a tu madre no le importa? —Resopla—. Porque me echó de este cuarto hace años.

Me froto las sienes con la mano, porque aún no puedo creerme la de cosas negativas que ha hecho mi madre, pero tomo aire y vuelvo a mirarle.

—Sí, ella lo aprueba. ¿Te gustaría venirte?

Prefiero no indagar más en lo negativo que pasó en mi ausencia, porque de ser así creo que no podría perdonar a nadie. O tal vez sí, pero a veces es mejor vivir en la ignorancia, aunque suene infantil.

No necesito toda la información de golpe.

—Claro —asiente Worren, y sonrío con suavidad; me gusta que lo haga—. Si es lo que quieres.

—¿Crees que te lo habría pedido si no? —Alzo una ceja y sonrío—. Te necesito más que nunca, y eso es decir, porque siempre te he querido cerca. Y sinceramente, si por el camino estrechamos más nuestra relación, mejor.

Se ha quedado callado unos segundos, aunque no me quita el ojo de encima.

—No vas a dejarme ir, ¿verdad?

—Siendo consciente de tus sentimientos, no, quiero que sigamos siendo pareja. Quiero que estemos juntos.

Lo veo cabecear, para luego levantarse y en completo silencio me aparta un poco para sentarse a mi lado. Oh, adoro tenerlo tan cerca.

—Me vas a volver loco durante una temporada —me advierte como si eso pudiera echarme atrás en mi decisión—. Lo sabes, ¿no? Esto no se arregla de hoy para mañana.

—Tampoco mi rehabilitación. Tenemos tiempo para curarnos y cuidarnos mutuamente. —Le dedico una sonrisa tímida—. Eso es lo que hacen los enamorados, ya sabes. Yo por ti, y tú por mí.

Lo necesito, y él me quiere. No va a ocurrir lo mismo, y no vamos a cometer ningún error. ¿Si no por qué seguimos enamorados y viéndonos? Esto es claramente una segunda oportunidad, no sé cómo no lo vi antes.

==== Capítulo VIII ====

Me alegró saber que esa iba a ser la última noche que pasaría en el hospital. Mi madre se salió con la suya y se quedó conmigo, obligando a Worren a hospedarse en un hostel. Al menos a partir de ahora no tendrá que gastar dinero y podremos estar juntos.

Cuando mi chico... O eso espero que sea de nuevo... Perdón, me desvíó. Quiero decir que cuando vino nos dispusimos a irnos.

Durante el recorrido de vuelta he notado que muchas cosas han cambiado, y eso es raro, muy raro. Tengo que aceptar que todo lo que me rodeaba ha seguido camino, pero no es fácil, porque hasta mi mismo cuerpo es otro. La aceptación es un proceso lento.

Cuando el coche se detiene es en la casa central, o al menos central para mí, porque es la vecina de Worren. O mejor dicho, la antigua casa de Worren.

Me cuesta asimilar algo así. Para mí hace muy poco que salíamos de allí e íbamos al instituto.

Y eso me hace pensar que mis estudios se han ido al traste y con un enorme retraso.

Creo que a él le pasa igual. Mi chico mira las dos puertas, y cuando detiene la vista en la que fue su antigua casa debe sentir nostalgia.

Para mí todo esto es difícil de encajar, hace tan poco estábamos paseando por el parque... Ya no mencionemos que Worren ha crecido, y mi madre es más mayor.

Aceptación, Hamlet, aceptación.

Me revuelvo el pelo y suspiro.

—Bueno... ya estamos aquí —digo como intentando quitarle hierro al asunto.

¿Tal vez debimos elegir otra casa para nuestra recuperación?

Worren parpadea y me mira con una sonrisilla. Me gustaría poder besarlo, pero me aguanto; no es el momento.

—No ha cambiado mucho, ¿no? —comenta en tono ligero.

En esencia no ha cambiado, no, pero hay pequeños detalles que sí. La vida acaba formándose siempre por esos detalles.

Cuando el chófer baja para abrir las puertas va primero a por la de mi madre, que antes de bajarse habla:

—Esperad aquí, voy a avisar para que vengan a buscarte, Hamlet.

Ni ha esperado espera una respuesta por mi parte antes de ir a la casa, que ya se abre.

—Quizá debimos irnos a la casa de campo —comento, moviéndome para apoyarme en Worren.

—¿Es lo que quieres? —pregunta él, y con cierta timidez me acaricia los dedos—. ¿Ir al campo, donde no has estado desde el verano en que tenías nueve años?

—En realidad lo que busco es intimidad contigo.

Le veo apretar los labios para ocultar una sonrisilla, aunque se le notan las intenciones.

Aguanta, no vayas a besarle tan descaradamente. Estaría bien hacerlo, pero aún no.

—¿Sí? —dice con languidez mientras se mete la mano en el bolsillo; me imagino que va a hacerse daño, así que muevo la mía para quitarla de ahí—. Eso es difícil. Tienes cincuenta sirvientes en cada casa por lo menos. Solo con tu familia directa ya mantenéis toda la ciudad.

Su comentario me hace reír, e insisto en quitarle la mano del bolsillo.

—Intimidad podemos tener incluso en esas condiciones.

—Puedo instalar un pestillo en tu puerta, para horror de tu madre. Estate quieto, cansino. —Worren deja la mano sobre el regazo.

—Te controlo, no vayas a meter la mano ahí para hacerte daño. —Me arrimo más a él y lo miro a los ojos con fijeza.

Hago mal en hacer eso, porque no puedo evitar fijarme en sus pestañas, en la forma de sus ojos, en su color... Mejor no bajar, o lo beso.

Una parte de mí quiere dejar de controlarse. Es una tontería, ya nos hemos besado.

Pero por otra tengo miedo, primero porque él vaya a hacerse daño al rozarnos tan íntimamente, y de segundas, no quiero caer de nuevo en coma.

—No es tan fácil como cogerme la mano para que no lo haga —replica Worren, entrecerrando los ojos—. La mayoría de las veces ni siquiera estoy pensando en hacerlo. Estoy pensando en ti, y entonces lo hago.

—Lo imagino, por eso estamos en proceso de rehabilitación los dos. Y todo sea dicho, llevo un buen rato aguantándome las ganas de besarte, precisamente por estos hechos.

Worren ladea la cabeza y me mira por entre las pestañas. Oh, se muerde el labio mientras sus ojos descienden a mi boca; hasta yo mismo me muerdo los labios, queriendo besar los suyos.

Que tensión, y mejor no matizar en qué lugares siento tensión.

Y el momento se rompe cuando mi madre sale de casa seguida por los sirvientes. Tres, concretamente; no comprendo por qué tantos.

—Qué suerte tenemos —musita Worren con un gruñido de resignación, y abre la puerta antes de que lo haga otra persona.

A diferencia de mí, odia el servicio y todo eso. Para mí es algo normal estar tan atendido, aunque resulte incómodo en situaciones como esta.

—¡Señorito Hamlet! —exclama una de las sirvientas—. ¡Cuánto me alegro de verle! Y a usted también, señorito Worren.

Admito que me ha costado reconocerla. Es más mayor, como todos, pero al final acabas reconociendo a las personas por sus rasgos, eso no cambia nunca. Megan siempre me servía bocadillos de queso a deshora.

—Me da repelús que me llames así.

Y ese es mi chico, al que le resulta incómodo que lo traten como a un señor.

No puedo evitar reírme, sacudiendo levemente la cabeza.

—Worren, ve a acomodarte en la habitación que quieras, sé que prefieres hacerlo por tu propio pie, sin guías.

—¿Y tú vas a llegar a tu cuarto súper habilitado... cómo? —inquire él, saliendo del coche pero inclinándose para mirarme.

—Te recuerdo que a duras penas pudiste levantarme, y a pesar de todo algo puedo caminar.

—No seas cretino, capullo.

Y con esas «amables» palabras mete medio cuerpo en el coche para tomarme por detrás de los hombros y debajo de las rodillas. Así me atrae para sacarme.

Sinceramente, me preocupa que se vuelva a hacer daño al cogerme.

—¡No hace falta! —exclama mi madre visiblemente incómoda, aunque no sé por qué—. Duncan puede...

—Yo también —asegura Worren con una sonrisa, y aunque me saca sin dificultades me da miedo que se le abran heridas.

—Luego el cabezota soy yo. —Suspiro, rindiéndome—. No pongo en duda que puedas, pero te recuerdo que te hiciste daño y pueden abrirse tus heridas —le susurro.

El idiota me guiña el ojo y se endereza conmigo en brazos. Mi sirviente, ahora de más de mediana edad, sigue con su postura habitual. Sé que es Duncan aunque me cueste reconocerlo a primera vista. Inclina su cabeza como solía hacer. «Solía hacer», es raro decir eso cuando para mí todo ocurrió anteayer, ¿no?

—Bienvenido a casa —dice, y aunque su rostro es inexpresivo, su voz muestra afecto.

Siempre fue fiel a nosotros y nos sirvió bien. Parece que no ha cambiado nada a pesar de los años, solo su aspecto.

—Gracias, Duncan, apenas te había reconocido —le digo—. Me alegra que sigas con nosotros.

—Siempre, señorito —responde con orgullo—. Por aquí, por favor, Worren.

Mi —creo que puedo decir— chico sigue al mayordomo hacia el interior, con mi madre —a la que aún no perdono— y los otros dos criados pululando por detrás.

Aunque la casa sigue igual, puedo notar los pequeños detalles que han sido cambiados. No son relevantes, pero cuando para ti no han pasado seis años puedes notar perfectamente esas cosas.

Duncan nos guía hacia una de las habitaciones de la planta baja. Supongo porque allí es más sencillo moverse por la casa.

—Se nos ha recomendado evitar todo lo posible cualquier escalera —informa en tono formal, diciendo lo que imaginé—, de modo que hemos trasladado sus cosas a este aposento. Esperamos que le resulte cómodo.

El cuarto, salvo porque es un poco más pequeño y su disposición es ligeramente distinta, es muy parecido al que tenía antes, excepto tal vez porque en lugar de una cama hay dos. La grande está colocada en el centro, como siempre, pero hay otra en una esquina, cerca de la ventana.

Me gusta que Duncan haya pensado en algo tan nimio como esto.

—Supuse que el señorito Worren, como su cuidador, preferiría dormir en la misma estancia que usted —comenta el sirviente.

—¡Duncan, cielo santo! —exclama Ophelia—. ¡Worren no es el cuidador de Hamlet!

—Vaya, mis disculpas, mi señora. —El hombre la mira con una ceja alzada—. Viniendo de tan lejos y en vista de su especial amistad, supuse que sería lo más adecuado. Lamento profundamente mi error.

—Creo que tienes razón, Duncan —interrumpo yo—. Él es el más apropiado para ser mi cuidador. —Miro entonces a mi madre, alzando las cejas—. Concédeme eso, por favor.

Tal vez un poco de manipulación la haga recapacitar.

—Querido, Worren no tiene conocimientos de este tipo de cosas —responde ella intentando ser razonable, pero sé que no le gusta la idea.

Me sorprende Worren hablando en un tono cordial:

—De hecho sí lo tengo.

Madre lo mira con una advertencia. Realmente ha dejado claro que no quiere tenerle cerca, y no entiendo el motivo. No será que ella también lo culpa a él, ¿no? No será que fue ella quien le metió eso en la cabeza a mi chico.

Lejos de mis pensamientos, Worren no es de los que se dejen vencer. De hecho, sonrío.

—He pasado los últimos tiempos como voluntario en una residencia —explica—. Sobre todo jugar a las cartas con los abuelos, pero también he ayudado a muchos a

trasladarse de la cama al aseo, o a levantarse después de caerse, o he echado un cable en el comedor a la hora de las comidas. Puedo ocuparme de este palillo mequetrefe sin ningún problema.

«Gracias por los piropos. Yo también te quiero».

Ruedo la mirada y alzo una ceja.

—Está decidido —digo.

—Oh —la oigo mascullar, y eso me molesta—. Bueno, claro... Pero hablaremos con el doctor, ¿de acuerdo? No quiero que pase nada peligroso, y si él dice que un profesional es mejor...

—Desde luego —responde Worren, demasiado manso para mi gusto—. Nunca pondría en peligro a Hamlet.

Siento que sus manos me estrechan contra su pecho, sus brazos tensos me rodean.

No me gusta cómo está yendo la conversación. Y desde luego no lo arreglo con lo que digo:

—Seguramente estaré más a salvo que en una cama de hospital y con alguien que toma la decisión de desconectarme para darme por muerto.

Noto que Worren da un respingo y mi madre retrocede como si la hubiera abofeteado. Y sé que lo he hecho con mis palabras, pero no podía soportar cómo atacaba a mi amado. Veo que los ojos de ella se llenan de lágrimas y se cubre la boca con una mano.

—Hamlet, yo... —musita—. Tú sabes que yo...

—Ahora no sé gran cosa —interrumpo—, y aunque hubieras tenido tus motivos para hacerlo, por ahora no puedo perdonarte. Seguramente esto parece una pataleta de niño, pero aún siento que tengo trece años y veo cómo desprecias a la persona que amo y sé que por un motivo u otro yo fui dado por muerto, desconectado por mi propia familia. Creo que merezco espacio, respeto y aceptación por mis deseos, al menos, por el momento.

Mi madre parpadea, derrama una lágrima y después aparta la vista.

Sé que la he herido, pero espero que me comprenda. Acabo de despertar de un coma después de seis años. Tengo muchas cosas que aceptar. Demasiadas.

—Claro, bebé —murmura—. Lo que tú quieras. Iré a comprobar que te... os... preparen algo rico para cenar.

Veo como marcha a toda prisa, y eso me hace sentir culpable. No quería herirla, pero no puedo soportar ver cómo trata a quien amo, no es justo.

Suspiro lentamente, llevándome la mano a la frente.

—¿Puedes dejarme en la cama?—le pregunto a Worren.

—Claro que sí —asiente él—. Eh... chicos... chicas... Adiós.

Se despide así del servicio y entra en la habitación. ¿Está nervioso? Como sea, he notado que la puerta se cierra discretamente tras nosotros, así que él me lleva hasta la cama grande y me sienta allí con delicadeza, cosa que me gusta, y después me ayuda a poner las piernas estiradas sobre el colchón.

No es como si no pudiera moverlas, pero me sigue gustando que sea tan atento, haciéndome sonreír.

—Empezamos bien, ¿no crees? —pregunta con una sonrisa.

—Espero que no sea irónico —alzo una ceja—. Porque no creo que este yendo tan mal. Estamos juntos, me sigues queriendo a pesar de los años que han pasado. Y estoy vivo a pesar de las circunstancias.

—Me refería a tu madre y todo eso, pero... tienes toda la razón.

Worren se acerca... y entonces se detiene, con su boca a un suspiro de la mía. ¿Por qué no me besa? Quiero que lo haga.

—Oh, vaya —suspira—. Esto no va a ser nada fácil.

—¿A qué te refieres ahora?

—Oh, creo que te haces una idea. Dios.

Aunque no quiero, él se aparta con una exhalación y se acerca a la ventana, abriéndola. Aprieta con fuerza los bordes, y eso me preocupa, temo que vaya a apretar tanto que salten las astillas.

—¿Querías hacerte daño al besarme? O mejor dicho, ¿aún quieres hacerte daño? —Resoplo y me cruzo de brazos—. Ven. Ahora —exijo.

—Dame un puto minuto, hombre. —Lo dice con una risilla, pero la voz le tiembla y eso me preocupa—. Ya te dije que no voy a parar de hoy para mañana.

Sé que algo así no se supera de un día para otro, como tampoco lo mío.

—Tengo mejores remedios para impedirlo, así que ven, he dicho. No voy a repetirlo.

Entrecierro la mirada, esperando que me haga caso de una vez, mientras me deshago la corbata de mi ropa. Me gusta vestir como lo que soy, un señorito. Y aunque últimamente no he demostrado serlo por todas esas palabras mal sonantes, sé serlo. Es más, *me gusta* serlo.

Worren respira hondo varias veces, pero sí, al final se vuelve, y me alegra que me haga caso. Al caminar hacia mí con una media sonrisa se mete las manos en los bolsillos traseros, pero se las saca al sentarse a mi lado. Le cojo esas manos y le ato las muñecas con la corbata, tirando de esta para tenerlo controlado, alzando una ceja.

—Cierra los ojos.

—Disculpa, ¿me acabas de atar? —pregunta él, levantando las cejas—. ¿En serio?

—Así tengo controladas tus manos —replico—. Ahora cierra los ojos.

—Estás fatal.

Pero ríe por lo bajo y obedece.

No estoy fatal, solo quiero controlar que no vaya a autolesionarse por rozarlo.

Cuando cierra los ojos me acerco y lo beso. Con una mano sostengo la corbata y con la otra lo tomo de la nuca para no dejarlo escapar.

Puede que haga poco que he despertado, pero eso no quita que lo quiera y lo desee.

Worren suspira contra mis labios, y tiembla, pero su boca se amolda con cierta reserva, y finalmente con abandono me devuelve el beso.

No me gusta cuando parece titubear, pero la culpa y su forma de pensar no puede cambiar tan rápidamente. Solo han pasados horas.

—Hamlet... —musita contra mí, inclinándose, atrapándose la ropa entre las manos atadas.

Le permito que me coja, pero como parece estar tan deseoso como yo vuelvo a besarlo y bajo la mano para acariciarle el cuello. Él tensa los brazos y se debate contra las ataduras, cosa que me hace reír por lo bajo. Me gusta que parezca tan desesperado,

porque no tarda en devolverme el beso con apremio. Se inclina un poco más, y acaba por usar su cuerpo para empujarme contra la cama. No puedo evitar volver a reírme.

Es más grande y fuerte que yo, pero él tiene las manos atadas, así que tengo el poder. Por eso me relamo y lo empujo yo a él, para tumbarlo y ponerme sobre sus caderas para mirarlo con una ceja alzada, tirando de la corbata.

—Yo tengo el control —le digo.

Su mirada ya no es divertida. Noto su mirada fija clavándose en mi, ceñudo, apretando los dientes. Parece casi doliente. ¿Es que le molesta, o qué?

—¿Eso crees? —musita.

—No lo creo, ahora mismo la situación es así. —Ladeo la cabeza—. Aunque mis músculos apenas responden, tengo la suficiente fuerza para estar sobre ti y tirar de tu atadura. Además, no osarías llevarme la contraria. Al menos, antes no lo harías. ¿Ha cambiado eso? Siempre fuiste muy complaciente conmigo.

—Hamlet...

En cuestión de segundos todo gira y me deja sorprendido: Worren levanta las caderas con fuerza, las ladea, y de repente me encuentro de nuevo bajo su cuerpo. Puedo sentir su peso, es enorme, y él apenas está apoyado en los codos.

Worren sonrío levemente, de un modo oscuro y sensual que me hace estremecer, abriendo los ojos por el asombro.

Definitivamente era fuerte.

—Tú y yo nunca estuvimos en la cama.

No me da tiempo a responder porque me besa en la boca con fuerza.

Es cierto que nunca estuvimos en la cama, pero no quitaba que él siempre había sido muy complaciente conmigo hasta el momento. Me deja desconcertado que él sea tan... ¿cómo decirlo? Desobediente.

No puedo evitar echarme a reír mientras trato de responderlo. Creo que eso le corta, pero no he podido evitar reaccionar así al ver su actitud, y aunque resopla entre dientes, después para alivio mío al levantar la cabeza comienza a reírse.

—¡Dios! —exclama Worren—. ¡Eres imposible!

==== Capítulo IX ====

Es duro aceptar que han pasado tantos años y todo ha cambiado, pero poco a poco vas aceptando la situación. Por desgracia he perdido seis años de vida, pero podría ser peor. Siempre podría ser peor.

Han pasado varias semanas, y aunque todo sigue siendo nuevo para mí, me encuentro mejor. El fisioterapeuta, el médico, el servicio y Worren se ocupan de mí. Me siento tan atendido que ya pierdo la cuenta de las veces que vienen a cuidarme, o quién es quién lo hace. Todos salvo Worren, de él soy muy consciente, sobre todo porque no me separo de su lado, o mejor dicho al revés, porque aunque puedo moverme no es como si pudiera corretear.

Aún me pregunto cómo mi cuerpo reaccionó de esa forma el día de la morgue. Supongo que la adrenalina hizo maravillas, porque ahora es otro cantar. Que nadie diga que las rehabilitaciones no son duras, porque lo son. No se lo deseo a nadie.

El tiempo pasa y parece que ambos mejoramos, así que esta noche se suponía que iba a ser como las demás, tranquila, pero tal vez era pedir demasiado que todo fuera perfecto. Que todo fuera bien en tan poco tiempo.

He oído un ruido que me ha sobresaltado, me despertó. Por un momento pienso que quizá había ladrones robándonos, pero es imposible, en mi casa hay mucha seguridad. Así que eso solo puede provenir de él.

Es el chasquido de su navaja.

—¡Worren! —exclamo al momento.

¿Por qué ahora?!

Odio que me haga pensar en palabrotas, pero no me deja opciones cuando hace el idiota.

El muy imbécil se piensa que no oigo su siseo, tan elocuente y brusco. Sé que está en algún rincón, haciéndose daño, simplemente lo sé. No hay que ser muy inteligente

para saberlo. Eso me enfada.

—Vuelve a dormirte —masculla Worren entre dientes.

—No oses darme órdenes —le replico.

Sé que no debo sobreesforzarme después de un día de rehabilitación, pero no me deja opciones, por eso me levanto malhumorado para encender las luces. Sé que voy a verlo herido.

—¡Hamlet!

Me llama con rabia, pero no parece que se haya movido del sitio. Sé que sigue donde está, así que cuando enciendo la luz lo veo sentado sobre sus tobillos a los pies de la cama, dándome la espalda para que no vea cómo se ha herido, ocultándome la sangre.

—A partir de hoy voy a atarte a la cama —digo con seriedad, frunciendo el ceño—. Si ese es el único modo para controlarte, lo haré. Ah, también llamaré a un especialista, lo necesitas con urgencia.

Me acerco aunque mi cuerpo se sienta cansado, pero no para ponerme junto a él, sino para ir al cuarto de baño que hay en la habitación. No voy a perder el tiempo gritándole cuando es más importante curarlo.

—Espera.

Cuando paso a su lado, Worren me coge del pantalón. Me muevo para verlo, frunciendo el ceño; no tiene valor para mirarme a la cara, y como es obvio en la otra mano todavía sujeta el arma. Hago una mueca cuando veo que el filo está manchado de sangre.

—No. —Le cojo de la mano para hacerlo soltarme—. Voy a buscar el botiquín.

—Mierda, Hamlet, ¡espérate! —Se agarra más fuerte—. Yo solo...

Al final me suelta, y se frota la cara. Noto que le tiemblan los hombros.

—No puedo dejarte así —le espeto—. Entiéndelo tú.

Aprovecho el momento para entrar en el baño y coger el botiquín del cajón bajo la pica. No tardo en volver a su lado, sentándome y sintiendo el alivio de descansar mi cuerpo.

No dudo en abrir el botiquín, y trato de pensar qué debo hacer. Supongo que primero desinfectar, ¿no? Así que cojo la gasa y el alcohol.

—Worren.

—Dios —masculla, y en lugar de acercarse retrocede un poco, girando la cara—.
¿Por qué no puedes darme un minuto?

Su voz también tiembla, y sus manos. Sin mirarlo sé que está atormentado, supongo que se siente acosado por mí, pero me da igual. Frunzo la nariz antes de acercarme lo que él se separa, para curarlo.

—Hamlet...

Noto que avanza sus manos para cogerme, pero algo se lo impide, imagino que ahora es consciente de lo que ha hecho. Cuando lo miro parece desorientado, pero en seguida se torna culpable, y antes de darme cuenta sus ojos se llenan de lágrimas, y se dobla de una forma que evoca a algo como «voy a vomitar».

—Dios...

Desvío la mirada a la navaja, le doy un empujón para tirarla al suelo. Me da igual que manche, la quiero lejos de él.

Luego simplemente sigo curándole, sin hacerle demasiado caso, al menos aún no, primero quiero acabar esto.

No tarda en gritarme:

—¡Para, maldita sea!

Sé cómo se siente, y noto sus manos temblorosas al agarrarme con firmeza. Me atrae, y termina abrazándome, hundiendo el rostro en mi hombro. Por desgracia comienza a llorar. Me siento culpable por haberle hecho llorar.

Le devuelvo el abrazo con suavidad, tratando de sentirme tranquilo aunque la situación no acompañe, pues uno de los dos tiene que permanecer sereno. Él tiembla contra mí, estrechándome cada vez más fuerte, hundiendo el rostro en el hueco de mi hombro. Sus lágrimas me están mojando el cuello del pijama, aunque eso no es lo que me preocupa.

—No puedo hacer esto —musita Worren—. No puedo más...

Inspiro hondo y sigo acariciando su espalda.

—Concreta más, Worren, ahora mismo me siento algo perdido en la conversación —pido.

Oigo algo, no sé si es una respiración entrecortada o una leve risilla. Quizá ambas.

—Te quiero tanto... —susurra—. Dios mío. Te quiero tantísimo... Y no puedo. No puedo...

—Yo también te quiero, ya lo sabes, ¿pero qué es lo que no puedes? —insisto.

—Quererte, idiota. No puedo... quererte como te quiero. No... puedo... desearte así...

Aprieta los puños, pero los relaja, sé que se fuerza a hacerlo para no lastimarme.

—¿Por qué no, Worren? ¿Qué ha cambiado en este tiempo para que pienses así?

—¡Todo! ¡Mierda, Hamlet, maldita sea! Yo no... He hecho cosas... Y no dejo de pensar en ti, y de quererte, y de desearte como un poseso, dios, estás ahí al lado y quiero ir y hacerte cosas que no puedes ni imaginarte, ¿me entiendes?, ni siquiera eso, pero no puedo, porque esto es culpa mía y porque quererte te va a hacer daño y porque yo no... Yo... No...

—Nada va a hacerme más daño que haber perdido seis años de vida. Y tú no me los has quitado. —Entrecierro los ojos.

—Sí lo he hecho. Sí lo he hecho, dices que no pero sí, te estaba besando, mierda, te besaba y entonces te desmayaste y no volviste a abrir los ojos y yo solo quería que despertaras de una vez y no lo hacías y cada vez que te miro la boca pienso que la próxima vez que me atosigues hasta que te bese volverás a desmayarte y volveremos a empezar y ni siquiera seré lo bastante digno como para morirme.

Me duele el corazón cuando me dice eso, y ahora siento miedo de besarlo de nuevo, no quiero hacerlo sufrir por un impulso.

—Yo caí en coma por una enfermedad —le recuerdo—, fue lo primero que dijo el médico cuando estaba en la cama del hospital.

Worren se queda callado en ese momento, pero no le dura demasiado.

—He estado con alguien.

—Puedo entenderlo, yo no estaba ahí para ti.

Por supuesto no puedo exigir ni esperar que no hubiera estado con alguien después de seis años, sería infantil por mi parte. No quita que sea doloroso, pero para mí solo habían sido apenas unos días.

Me muevo para mirarle, para hacerle ver que no estoy enfadado. Worren parece reticente, pero accede; tiene los ojos enrojecidos y esquivos, los labios apretados y los hombros todavía le tiemblan por el llanto. No me gusta verlo así.

—Yo solo quería estar contigo —confiesa en voz baja—. Quería tanto estar contigo... Te echaba... tanto... de menos. Y estar con él me hacía tanto daño que ni siquiera tenía que pincharme. Así me mantenía lejos de... pensar... en ti. Pero ahora pienso en ti a todas horas. Vivo contigo, dios. Y no sé... qué... hacer. Mierda. Mira lo que te estoy haciendo, tendrías que estar en la cama tranquilo...

—Tampoco sé bien qué hacer por ti, pero haré lo que me pidas. Solo quiero que estés bien.

Worren se ríe, aunque no sé si puedo considerarla como una risa, porque suena rara, ¿pero cómo va a sonar si no en su estado?

—Eres increíble —musita, mirándome con una sonrisa torcida que me preocupa—. Aquí estoy, sangrando, llorando y medio loco, y ahí estás tú, después de un coma de seis años, diciéndome... que harás lo que te pida.

No entiendo qué tiene de raro que haya dicho eso, estoy preocupado por él, es lo normal.

—Si me dejas acabar de curarte te lo agradecería, pero sí, quiero ayudarte, así que dime cómo.

Él aprieta los labios, traga saliva.

—Dime... Dime que no importa —musita—. Haz que me lo crea, por dios. Porque a mí me importa y me está volviendo loco, porque te quiero tanto... Y siempre te he querido y siempre te voy a querer, pero, dios, te mereces algo mejor que yo.

—Es que no importa, te lo he dicho. No estaba allí, debías hacer tu vida. —Río por lo bajo—. Nadie en su sano juicio esperaría seis años a alguien que está en la otra punta del país, por así decirlo, y menos si tiene complejo de bella durmiente, ¿no crees?

Supongo que por eso en el fondo entiendo a mi madre. Me puede doler, puedo sentirme herido, pero son reacciones normales. Han sido demasiados años.

—No merezco algo mejor o peor, yo te quiero a ti. ¿Puedes entender eso?

Worren aprieta los labios y vuelve a tragar. Luego respira hondo.

—Vamos —musita—. Te llevaré a la cama.

Tiende las manos y toca mis brazos y la cintura.

—Voy a curarte —replico—, después iré por mí mismo a la cama. ¿Te ha quedado claro?

—Hagámoslo venir bien para los dos. Me curas, y yo te llevo a la cama. ¿Qué tal suena?

—Me niego, será como digo, no tienes más opciones.

—Por favor, Hamlet.

—No me sirven las súplicas, para los idiotas no hay compasión, ¿entiendes?

Worren se relame, y después sonrío. Es una sonrisa torpe y cansada, pero por lo menos lo hace de nuevo, y eso me gusta.

—Haré lo que quiera contigo, palillo mequetrefe —comenta, haciéndome alzar una ceja por su palabrería—. Así que, adelante, cúrame. Espera.

Levanta la cadera con una leve mueca para quitarse los pantalones del pijama, que están rasgados y manchados de rojo.

Ruedo la mirada al ver la sangre. No sé si lo que pretende es darme facilidades o quizá un intento fallido por provocarme. No me siento muy juguetón en estos momentos, aunque supongo que él tampoco, por eso sencillamente me dispongo a curarlo.

Sé, y veo que Worren se deja hacer sin quejarse, no muestra ni una mueca. No me gusta la idea de saber que esto es algo que suele hacer. Y ni quiero saber cuánto tiempo lleva con eso, por mi salud mental.

—No es grave —asegura—. Me aseguro de que no lo sea. No intento matarme.

—Solo intentas castigarte, ya lo sé. —Resoplo por la nariz.

Por desgracia lo sé. Cuando acabo lo miro unos instantes y le acarició la mejilla.

—Intenta dormir sin hacerte daño —le pido—. Por favor.

—Lo intentaré.

Lo veo arrodillarse, y el muy... cabezota, dejémoslo en cabezota, me coge en brazos sin que pueda hacer nada para impedirlo, todo para después levantarse.

¿Es que es tan insensato que no se acuerda de sus heridas?! Estrecho mi mirada y

hago una mueca.

—¿Por qué eres tan desobediente?

—Me sale natural.

El muy descarado me guiña un ojo y después me lleva hasta la cama, donde me acuesta y termina por arroparme. No entiendo por qué no se queja, por qué no deja ver lo mucho que le duele la herida.

Frunzo en ceño y le cojo del brazo con fuerza.

—Quédate aquí —ordeno—. En esta cama.

Worren alza una ceja, pero luego sonrío con cierta picardía.

—Era mi intención. Aguarda, apagaré la luz.

Eso me ha sorprendido, por eso lo miro con las cejas alzadas pero después me río.

—Claro.

Él se aleja, y apaga las luces, porque se queda todo a oscuras, y en esa escasa luz Worren regresa. Noto el peso de su cuerpo. Está sentado a mi lado.

—Gírate —me pide, poniéndome una mano en el hombro.

Parpadeo confuso pero le hago caso, dejándole sitio para que entre. Por suerte mi cama es grande. Se pone detrás de mí, metiéndose también bajo la manta, y entonces me abraza, apretándome contra lo que siento que es su pecho. Eso me pone un poco nervioso y me arranca un rubor. Me alegra estar a oscuras para que no pueda verlo.

—¿Así está bien? —murmura, y el descarado me sopla en la nuca.

Quién diría que hace unos segundos se sentía mal solo al pensar en mí, teniendo que autolesionarse.

Me toco la nuca azorado.

—Sí, claro, ¿por qué no?

—Bien. Buenas noches, Hamlet.

Worren suspira y aprieta un poco más su abrazo. Me siento como un peluche.

Entrecierro los ojos y cojo su mano con una de las mías.

—Descansa —musito antes de cerrar por completo los ojos.

==== Capítulo X ====

Pasó la noche, una noche ajetreada con Worren haciéndose daño, pero pasó y él ahora duerme conmigo, o eso creo cuando abro los ojos. Me relamó los labios por costumbre y bostezo, moviéndome para mirarlo. Aún está abrazándome, pero me sobresalta que ya esté despierto, ¿qué hora es?

—Buenos días —saluda él, con los ojos abiertos y una media sonrisa—. ¿Ya te has despertado?

En realidad, me pregunto cuánto tiempo llevas tú despierto.

—Hm, eso parece. —Alzo las cejas—. ¿Has podido dormir?

—Mm-hmm —asiente; inclina un poco la cabeza y sus labios me tocan la frente—. Tengo que hablar contigo. ¿Ahora está bien? ¿Te traigo el desayuno primero?

Ah, ¿ahora vuelves a ser un corderito obediente? Está por ver cuánto te dura.

—Está bien ahora, dime.

Lo veo cabecear, pero no me cuenta nada, lo que hace es sentarse y moverme como si fuera un muñeco para sentarme también. Me acomoda los almohadones en la espalda. ¿En serio? ¿Cuándo me he convertido en un peluche? Ah, sí, ayer en la noche. Solo faltaría que me desnudara para vestirme. Mejor no lo digo muy alto.

No puedo evitar reírme al mirarlo y muevo la mano para que comience a contarme. Otra vez se toma su tiempo, está ahí sentado mirándome con esa expresión contenida y doblando una de sus piernas. Comienzo a impacientarme cuando habla por fin:

—Está bien —suspira—. Hamlet, no puedo hacerlo solo.

—Eso lo vi ayer. —Entrecierro los ojos—. Con o sin tu consentimiento iba a hablar con un especialista.

—No, Hamlet. No me estás entendiendo. No necesito un especialista. Te necesito a ti.

—A mí ya me tienes para lo que sea.

Creo que se ha puesto nervioso un momento, pero ahora sonrío con ternura, y también... creo que es con agradecimiento. No creo que eso sea necesario agradecer nada.

—Lo sé —asiente—. Necesito saber que no te estoy decepcionando si me hago daño. Necesito saber que no tengo que aguantar hasta explotar.

—No me decepciona, solo me ataca a los nervios. Te estás haciendo daño, y tienes que asumir que eso me altera. Me preocupas.

—Sí. Sí, lo sé. No me digas que pare. No lo haré si me estás mirando, pero no me digas que pare. He pasado estas dos semanas intentando contenerme y... y hoy no he podido más. No puedo hacer eso. No funciona.

—Acepta que necesitas ayuda profesional.

—No necesito... —Worren se interrumpe riendo, y no entiendo por qué—. Sé cómo suena eso. Empecé solo con esta mierda y acabaré solo con esta mierda. Solo necesito saber que puedo manejarlo a mi manera y que puedo contar contigo. ¿Por favor?

—Hay que tener en cuenta que las circunstancias han cambiado. —Alzo un dedo—. Punto uno, quien te causó el inicio de la autolesión está despierto. Punto dos, todos los problemas comienzan en soledad y se arreglan en compañía. Punto tres, el profesional en cuestión solo te da herramientas para arreglarlo a tu manera.

—Entonces, ¿para qué lo necesito?

Worren se acerca un poco, cogiendo la mano que acabo de levantar. Noto su caricia, cómo me estrecha y al final, aunque está dudando, termina por entrelazar sus dedos con los míos.

—Precisamente porque las cosas han cambiado, yo tengo que cambiar — explica—. Y puedo hacerlo sin que nadie más se entere. Solo te necesito a ti.

Sigo pensando que las herramientas que ofrece un especialista son necesarias para él, pero ya que insiste...

—Te doy un plazo, no te diré de cuánto tiempo para no *emparanoiarte* con ello, pero si para entonces no has mejorado ni un poco, me acompañarás para que te lleve a

un profesional. No acepto réplicas, son mis normas, te gusten o no.

—Oh, podría replicar. Pero no lo haré.

Me alegra que no vaya a llevarme la contraria, no me gusta cuando lo hace. Veo que sonrío y se inclina sobre mí. Me hace sonrojar cuando noto que está muy cerca. Cierro los ojos al parpadear cuando su boca toca la mía y me besa. Lo hace con suavidad, y me sorprende, porque ayer mismo lo hizo de otra forma, con más ardor. No es que me moleste, en realidad solo se me hace curioso el cambio.

Alzo la mano para acariciarle la nuca cuando le respondo. Me ha devuelto la caricia y no tarda en separarse, aunque aún sonriendo.

—Te quiero —susurra—. Eso está bien, ¿eh, palillo mequetrefe?

Ruedo la mirada por el pseudónimo que me ha puesto.

—Lo está, yo también te quiero.

—Bien. Pues voy a por tu desayuno.

Me da un último y ligero beso antes de salir de la cama.

Se ha ido para ir a buscar el desayuno y no tarda demasiado en traerlo. Me siento estúpido por tener que tomarlo en la cama, debería salir y estirar las piernas, por algo estoy haciendo rehabilitación, pero Worren se excede con sus cuidados, y sinceramente, a él sí que es difícil llevarle la contraria. Es bastante molesto darme cuenta que al final quien acaba dando órdenes es él. ¿Siempre ha sido así?

Mientras estoy comiendo me miro los brazos de reojo. En estos días he engordado bastante, en realidad empiezo a tener redondez. Qué fácil es engordar. Supongo que pronto tendré que parar, tampoco quiero rodar en el suelo.

No sé cómo aún Worren me llama «palillo».

No me lo espero cuando tiende su mano y me toca los labios de improviso. Ese gesto me hace latir el corazón con fuerza, y al alzar la mirada hacia él, lo hago sonrojado. No me gusta sonrojarme delante suyo, me da vergüenza. ¿Desde cuándo me pasa eso?

—Estás manchado —comenta como si nada—. Eres como un nene.

Eso ha sido cruel, no soy un crío.

—No soy como un nene —replico, azorado—. Te recuerdo que aún siento que tengo trece años. Y aun así eso no me convierte en un niño pequeño.

Lo admito, me he vuelto un poco gruñón.

—Tus dulces y preciosos trece añitos. —Worren me sorprende con su descaro, aunque parece que le ha costado seguir la frase—. Cuánta inocencia, ¿no? Y cuántas cosas podría enseñarte...

Sonríe con picardía el muy cretino.

Aprieto los labios cuando la vergüenza vuelve a atacarme y desvío la mirada acalorado, llevándome una mano a la nuca para impedirle mirarme.

—Cerdo.

—Ay. Eso me ha dolido. ¿Qué me dirás si te susurro al oído las cosas que pienso?

—No mientas, no te ha dolido. —Lo miro aún sonrojado—. Y no osarás, no me perviertas, viejo.

Aunque en teoría yo tengo su misma edad, pero lo noto tan... diferente. Yo no he cambiado nada, sigo siendo el mismo, y eso me hace sentir inmaduro. Supongo que en el fondo lo soy, sigo teniendo trece años en la mente, pero no en el cuerpo.

—¿No estás preparado para pensar en cómo mi mano se desliza por tu...?

Me sobresalta el corazón cuando oigo la puerta abrirse. Me muevo para mirar y ver a mi madre entrar. Eso me azora; supongo que el tema de conversación con Worren ayuda.

Sea como sea, Worren suspira. Sé que no está a gusto, y al momento de endereza.

—Buenos días, chicos —saluda mi madre con una sonrisa alegre, aunque no sé si es real o falsa—. Vaya, ya estás desayunando, mi bebé... Quería que lo hiciéramos juntos.

Aunque he perdonado a mi madre siento que hay algo raro en ella, algo ha cambiado, y sé que tiene que ver con Worren, y también con la decisión que tomó al desconectarme. Sus cariños son extremadamente forzados, o esa sensación tengo.

—Vaya, lo siento —dice mi, ehem, chico—. De haberlo sabido...

Me sorprende que no siga la frase, pero supongo que en realidad no tiene intenciones de acabarla y que seguramente, aunque lo hubiera sabido, hubiera hecho lo

que le diera la gana. Ellos ya no se llevan bien. Hay una tensión que me hace sentir mal al momento.

Supongo que mi madre simplemente ignora todo lo que haga Worren, creo que incluso él le molesta. No sé bien cómo llevar este asunto. Si tuviera dinero propio me iría de allí, odio este ambiente.

Me toco el cuello, nervioso, frunciendo un poco el ceño.

—Si querías eso, deberías haberme avisado ayer —le digo—. Worren cuida de mí, ya lo sabes.

—Sí, claro, claro. ¿Qué tal esto? Voy a traer mi desayuno para comer aquí contigo. ¿Te parece bien?

Eso me resulta un tanto incómodo ahora mismo.

—Casi he terminado, madre. —Me encojo un poco—. Mejor lo dejamos para la hora de comer si te va bien.

Ella aprieta los labios.

—Claro que sí. —Y aunque no le gusta la idea, lo acepta—. ¿Por qué no hacemos algo juntos esta tarde? Podemos jugar a las cartas.

—Madre, deja de preocuparte, ya haces mucho por ti, y hace días que te perdoné —le recuerdo, entrecerrando la mirada—. Pero sí, podemos jugar un rato a las cartas si quieres.

Sé que ella no esperaba que dijera eso, y aunque duda acaba por sonreír. A pesar de todo ella es mi madre, y como cualquiera, puede cometer errores. Y veo que ella se siente culpable, no necesita que yo la torture más, lo hace sola todos los días, y lo noto por su actitud.

—Muy bien, te dejaré desayunar. Nos vemos en la comida, tesoro.

La veo marchar, y Worren suspira.

—Bueno —dice—. Conque cartas, ¿eh?

Me encojo de hombros.

—No será mucho tiempo, y no puedo estar negándome a todo lo que pide.

—¿Y sabes jugar a algo que no sea propio del bebé que ella espera?

Doy un respingo, cogido por sorpresa.

—¿Sí? —Alzo una ceja, un poco confuso.

—Vaya, ¿sí? ¿A qué sabes jugar? —Con expresión interesada apoya el mentón en una mano, poniéndose un codo sobre la rodilla.

—¿Juegos de miedo? —Me toco la nuca, nervioso—. ¿A dónde quieres llegar con esa pregunta, pervertido?

—¡Pero bueno! —Worren se echa a reír—. ¡Eso es una acusación muy seria! No estaba pensando en desnudarte, dios. Aunque podría.

—¿Lo ves? En el fondo esperabas poder volver el tema en algo sexual —me río. Él sacude la cabeza, sonriendo, pero luego suspira y me mira con más seriedad.

—¿Te molesta?

—No, no me molesta, pero soy un inexperto y un inmaduro, lo admito.

—¿Te avergüenza saber que... pienso en ciertas cosas sobre ti?

—Un poco, pero también me gusta.

—Ooooohh... —Worren sonríe levemente—. ¿Debería seguir haciéndolo, entonces? ¿Debería...? —Tiende una mano y me toca los labios—. ¿Decírtelo?

Me sonrojo de nuevo con el roce y aprieto los labios sin pensar.

—Sí.

—Hm... —

Sonriendo todavía se inclina y me besa en los labios. Lo hace suave, pero a conciencia: en movimientos lentos, y parece que sabe exactamente lo que hace, lo que quiere hacer. Creo que me está saboreando, aunque yo también lo hago porque respondo a su beso, rodeándolo con mis brazos.

Noto que el peso de la bandeja desaparece de mi regazo, y mi chico me empuja, aún besándome, me acuesta y se pone encima mío. Aunque estoy azorado le respondo a los besos y alzo la mano para tocar su espalda. Él siempre fue un chico grande, pero ahora... bueno, ahora es un hombre.

—Podría hacer esto todo el día... —murmura Worren, acariciándome el cuello y estremeciéndome yo—. Sueño contigo todos los días...

Desliza una mano por mi cuerpo, aunque no tarda en dejar de tocarme. Pero con la otra me frota la línea de la mandíbula, la curva del hombro. Y además su boca sigue

pegada a la mía, haciéndolo poco a poco, como si me quisiera degustar.

No estoy acostumbrado a esto, nunca llegamos a disfrutar realmente de nuestro noviazgo, y ahora han pasado seis años, él ha cambiado y yo sigo siendo el mismo crío.

No me gusta admitir que todo esto me da vergüenza, cómo me toca, cómo me besa.

Y me altera más sentir que me estoy excitando. Sé que es absurdo que me de tanto apuro, pero me pasa.

Al inspirar hondo para poder recuperar algo de aliento lo hago entrecortadamente, y eso, sinceramente, me altera más. Estoy siendo demasiado obvio, pero es que tampoco quiero que pare.

—¿Hamlet? —me llama él en voz baja, y creo que también espesa, mientras sus labios se deslizan por mi mejilla.

Desde luego no pierde el tiempo.

—¿Q-qué...? —consigo decir con la voz tomada.

Vuelve a mis labios, dándome varios y pequeños besos que me estremecen. Y noto que me mira con los ojos oscurecidos, con un brillo que no acabo de ubicar. ¿Deseo? ¿Eso es deseo?

—Abre la boca —murmura.

Eso me coge por sorpresa, me hace sonrojar y abro la boca, confuso y curioso a partes iguales. Worren sonrío apenas un poco; después se inclina otra vez y siento su boca sobre la mía. Me está besando así y eso me excita. Muchísimo.

Luego me sorprende, porque siento su lengua contra la mía. ¡Me acaricia con la lengua *el interior!*

Noto de mi garganta ese sonido, sé que está lleno de placer, porque me esta gustando, me siento arder. Cierro los ojos con fuerza y me cojo a su cuerpo, subiendo la mano para apretar su nuca.

Se me hace corto el tiempo en el que Worren está besándome, pero usa su lengua, noto cómo se explaya con el beso y me gusta. Y quiero más. Él ha estado tocando mi paladar y los dientes, pero al final se separa, y se mueve para apoyar su cabeza en mi pecho. Lo noto respirar hondo.

Yo no quería que se detuviera.

—¿Qué? —musita—. ¿Qué tal?

—No me dejes así. Por favor. Tengo calor.

Me relamo los labios y trato de mirarlo, acalorado. Worren ríe levemente.

—¿Tienes calor, pequeñín? —susurra—. ¿Quieres un poco más?

Su mano se desliza hasta cubrirme los ojos. Noto que se endereza un poco por el sonido de la cama, y ha dejado de apoyarse en mí.

—Más que un poco —admito.

—¿Te ha gustado? —Worren me lame los labios.

Vuelvo a estremecerme y cierro un ojo, azorado.

—Sí.

—Entonces... supongo que está bien si sigo. Dios, tengo hambre de ti.

Sus palabras me azoran incluso más que antes. Voy a apretar los labios por la timidez, pero Worren se tira encima de mí para besarme otra vez. Me recuerda a los besos del otro día, tan apasionados y siento que voy a perderme en él.

==== Capítulo XI ====

Cuanto más tiempo paso a su lado, más se caldea la cosa. Noto la diferencia del antes y el después, y ahora, ¿cómo decirlo? En las primeras semanas fue casi como nuestra relación a antes de ser novios, pero ahora... me azora a cada instante.

Sus besos, largos, profundos y tan frecuentes, me acaloran.

Por su culpa comienzo a fantasear. No llego a pensar más allá de besos y caricias, porque me azora, pero quiero llegar más lejos. ¿Cómo se supone que se pide eso?

En fin, dejando eso a un lado. En este par de meses todo está mejorando. Worren, aunque a veces lo he pillado haciéndose daño, bueno, lo hace menos que antes, así que no lo he llevado a ningún especialista. Y por mi parte, dejando de lado que los dulces se acabaron para mí, bueno, estoy bien. Camino por mí mismo, me he acostumbrado a mi nuevo cuerpo. Supongo que poco a poco terminaré de adaptarme.

No tengo prisa, no ahora que lo tengo conmigo y ambos estamos mejorando.

Estiro un poco los músculos, porque pasear por el jardín y ejercitarme, agota. En realidad nunca he sido un chico de hacer mucho ejercicio, y tener que hacer tanto ahora me cansa. Siempre he sido débil.

Suspiro y comienzo a caminar dirección a nuestra habitación.

—Me noto agarrotado —comento.

No hace mucho que Worren me deja ir sin su ayuda. Antes me cogía siempre del brazo para pasear. Pero aunque me da ese espacio, siempre está atento a mí, sé que si me pasa algo, si me debilito, es capaz de cogerme en brazos, o como mínimo agarrarme para no caerme. Pero con lo exagerado que es apuesto que me llevaría en volandas si me sintiera realmente cansado.

—Eso te pasa por pegarte una siesta tan larga —dice en tono bromista, y aprovecha la situación para apoyarme el codo en el hombro, alardeando de su gran estatura.

Estrecho la mirada hacia él. No estoy ofendido, he aceptado que soy bajito para mi edad, pero ya que se pone a vacilar...

—¿Has oído alguna vez eso de «pequeño pero matón»?

—Sí, pero es una afirmación falsa cuando se trata de ti.

Hago una mueca y alzo una ceja, mirándole indignado.

—¿De qué vas, chucho? —espeto.

—¿Yo? —Worren sonrío alegremente—. De nada, enclenque.

El muy descarado me suelta un picotazo tan ancho después de decirme esas cosas.

—Que sepas que hace bastante que he dejado de ser un enclenque —le recuerdo—. Y de segundas, no puedes ser así de desobediente con tu amo y señor.

—Soy un alma rebelde, no lo puedo remediar.

Worren me abre la puerta de los jardines para dejarme pasar al interior de la casa. Vamos, como todo un caballero andante. No sé si eso me gusta, no soy una damisela.

—Y sigues siendo enclenque.

Y la guindilla de llamarme poca cosa.

Me cruzo de brazos una vez he entrado al interior.

—Como sigas por ese camino no voy a dejar que me beses.

El muy petulante me sonrío como si supiera lo que es la inocencia, cosa que perdió hace años. Encima, por si no fuera poco, cuando cierra la puerta me roba un beso.

—Descarado —me río, alzando una ceja.

—Mm-hmmmm. —Y me besa de nuevo—. ¿Quieres que te prepare un baño antes de cenar?

—Sí, ¿por qué no? —Le doy un ligero golpe en el pecho con el puño—. No estará mal recibir más atenciones tuyas.

Lo veo que sonrío de esa manera suya, que planea algo pervertido. Con los días he descubierto que esa mirada es todo sobre cosas subidas de todo. Es más apasionado de lo que pensaba, claro que cuando nos hicimos novios teníamos trece años. Eso sí, aunque aún sigue avergonzándome, me gusta.

Su lado pervertido es gracioso.

No tarda en inclinarse un poco y baja su cabeza, supongo que para hacerlo más secreto, para hacerlo privado y alterarme. Maldito perverso.

—¿Quieres que te ayude? —murmura.

Noto que me atraganto con mi propia saliva, y lo miro, sonrojado.

—H-hm. Me... Me parece bien el cambio.

Hasta el día de hoy me había atendido solo el servicio, el cambio desde luego es interesante, pero también se presenta muy caluroso.

Worren se endereza. Ahora su sonrisa es más inocente. Y pienso que con esos cambios debería dedicarse al teatro.

—Muy bien —dice, y no tarda en cogerme del brazo para llevarme consigo, con delicadeza, como si fuera a romperme, y eso me hace reír.

Sacudo la cabeza cuando estamos en la habitación para ir yo mismo a por mi ropa, y sin esperar lo voy al cuarto de baño, aunque allí sí lo espero.

—Pero bueno, ¿qué son esas prisas? —se queja Worren, que me sigue—. ¿No se supone que soy un chuchito y tú mi amo y señor? Debería hacer estas cosas por ti. ¿Ves? Por eso soy tan rebelde.

—No me pongas excusas. —Alzo una ceja—. Y desnúdame, que quiero asearme.

Tengo ganas de que me asista, sentir sus manos en mi cuerpo suena bien, y quiero notarlas en mi propia piel, ya.

—Y ahora te pones marimandón.

Alzo una ceja ante su comentario, y él con una sonrisilla divertida me deshace el nudo de la cinta que llevo al cuello. La deja junto a la ropa, y después con delicadeza me quita el chaleco abierto.

—Hm, me pongo como quiero —digo, frunciendo los labios.

—Sí, sí, sí...

Aunque dice eso me desata los botones de la camisa, uno a uno, tomándoselo con calma. Después desliza la prenda por mis brazos, y obviamente me quedo con el torso desnudo.

Noto que de pronto su mirada no es juguetona, ni pícaro. Es... otra cosa, ese brillo especial. Deseo.

Me azora que sea deseo lo que siente al verme el pecho al descubierto, por eso azorado alzo la mano y me lo froto, sintiendo el calor en las mejillas. Es halagador que se sienta así, y me hace sentir mariposas en el estómago.

Me estremezco cuando Worren tiende una mano y acaricia la mía. Me la aparta con cuidado, y aunque al principio no sé muy bien por qué, en seguida mis dudas son resueltas. Él roza mi pecho con sus dedos, haciéndome jadear, tensándome. El descarado me resigue el torso, bajando hasta el ombligo, luego la cintura, y después, no contento con eso, empieza a subir de nuevo, tocando mis costillas.

Me muerdo los labios. Siento mi vientre tenso y cierro un ojo, azorado, encogiéndome.

—Hm...

Worren alza la vista hasta clavar sus ojos en los míos.

—¿Estás bien? —murmura con suavidad.

—Sí. —Lo miro, azorado—. ¿Por qué?

—Por esto.

Siento el calor en el cuerpo en cuanto extiende los dedos sobre mi pecho, acariciándome. Luego se acerca un poco más, y me besa con suavidad en la boca. Me estremezco y le respondo al beso, cerrando los ojos. Alzo mi mano para acariciarle la nuca.

No tarda en querer profundizar como hace a menudo, y lo dejo hacer, presionándole para que lo haga con fuerza, con deseo. Worren me complace: su lengua busca la mía con premura, sus palmas tocan mi pecho, y no sé bien cómo, acaba tocando en, vulgarmente dicho, los pezones.

Me estremezco y me encojo, presionando los ojos con fuerza. No me esperaba un roce así y eso me altera, me acalora. Es la primera vez que lo siento así.

Avanza hacia mí y me empuja, aunque con cuidado, contra la pica. Noto sus manos deslizarse por mi pecho hasta los costados y mi espalda. Ah, eso sí, él no se despega ni de mi boca, ni de mi lengua.

—Hamlet... —me llama en un susurro espeso, ardiente.

Entonces presiona las caderas contra las mías, y eso me hace abrir los ojos de par

en par, acalorado... Acabo de notar algo duro. Y no hay que ser muy listo para saber que es su entrepierna.

Admito que estoy igual que él, pero me altera saberlo, me azora. ¿Ahora qué se supone que debo hacer? Me siento bloqueado, es la primera vez que estoy en esta situación y no sé cómo manejarla. Soy un maldito crío inexperto.

Nervioso aprieto los dedos en su espalda.

Oigo que musita de nuevo mi nombre. No deja de acariciarme, besarme y apretarse contra mí. Luego, poco a poco, abandona mi boca para seguir besándome, pero ahora en el cuello. Trago saliva sin pensar, nervioso.

—¿Paro? —murmura.

—No... es solo que... no sé qué hacer, me siento como un crío.

Worren ríe levemente contra mi garganta, y solo eso me estremece.

—Bueno, mi precioso, eres un crío —comenta como si nada—. Vale. Dame un segundo.

Noto como se aprieta en mi hombro, y me preocupa que se haga daño. No tardo en oírlo respirar hondo.

—¿Por qué? —pregunto, sorprendido—. No he dicho que pares.

Muevo la mano por su espalda para acariciársela.

—¿Estás listo para seguir, chiquitín? —murmura Worren—. ¿Sabes adónde lleva esto?

—Una... ligera idea me hago, pero preferiría estar en la cama.

Él vuelve a reír, ahora un poco más fuerte. Se está quedando conmigo el cabrón.

—Bueno, pues ahora no hay cama —dice, alzando la cabeza—. Hay baño, así que quítate esos pantalones y al agua, mequetrefe.

No quiero quitarme los pantalones, por eso me muerdo el labio. Me da vergüenza, maldita sea. Ya empiezo con las palabras malsonantes, qué estrés.

Al final se aparta, y veo que deja los puños contra su cadera. Sin querer veo el bulto entre sus piernas y eso me altera más. Me froto las mejillas con la mano y alzo la mirada a sus ojos. El brillo de deseo sigue en su mirada.

—Me da vergüenza —admito.

Su sonrisa se ensancha.

—Oh, ¿de verdad? —ronronea.

Y sigue burlándose de mí.

—... Sí —replico, sonrojado.

—Vamos, guapo, ¿por qué iba a darte vergüenza? ¿Te sientes... crecido por ahí abajo?

Me revuelvo el pelo nervioso, sonrojado.

—Un... un poco —confieso—. Aunque tú estás igual, pero eso no quita que me avergüence, vas a verlo. Yo a ti no.

—¿Debería echarte una mano?

—Deberías desnudarte.

—¿Eso te ayudaría con la calentura? Me hieres en lo más hondo.

—Eso me ayudaría a tener el valor suficiente para desnudarme.

—Bueno, ya te ayudo yo.

Worren atrapa el botón de mis pantalones y lo desata. Me hace dar un salto, cohibido.

—¡Q-que no, que te desnudes tu primero! —exclamo, azorado, manoteando.

—Pero eres tú el que se va al agua, ¿recuerdas? Yo me ducharé después de la cena. Aunque, en fin, puede que necesite una ducha fría.

—Báñate conmigo.

Creo que lo he sorprendido con mi respuesta, porque me mira con fijeza. Extiende una mano y me acaricia la mejilla, haciéndome sonreír.

—No sé si puedo —confiesa Worren—. No sé si soy capaz de verte desnudo y desnudarme yo, y aun así no... tocarte de esta manera. Dios, Hamlet, eres superior a mis fuerzas.

Veo de reojo que mueve la otra mano, pero no para acariciarme, si no para hacer algo que no me gusta que haga. Sé que va a hacerse daño.

—Y no me importa.

Deslizo los dedos para coger esa mano y le beso la palma. Oigo como traga, sé que está tenso. Veo que curva los dedos, aunque no sé bien por qué, ¿aún lleva consigo

el imperdible?

—Solo tienes trece años —murmura—. Ojalá yo los tuviera todavía, pero no los tengo.

Suspiro y le suelto la mano, desviando la mirada.

—Hay que aceptarlo, Worren.

—Lo acepto. Y me gustas incluso con trece tiernos añitos.

Se inclina y me besa suavemente en la boca.

—Ahora, con tu permiso, te voy a quitar esos pantalones y te voy a dejar en pelotas.

Me muerdo el labio pero al final asiento. Al menos me he calmado un poco. Me llevo la mano a la frente, azorado, cuando coge la cintura de mi pantalón para bajarlo, y se agacha para terminar de desnudarme.

Inspiro hondo y trato de tranquilizarme, de no avergonzarme.

No dice nada de mi desnudez, solo me ha quitado la ropa y se ha puesto en pie de nuevo. Me sonrío y me coge de la mano.

—Qué demonios —dice.

Supongo que arrepentido de sus palabras y queriendo azorarme, me coge en brazos como una princesilla y me mete en el agua caliente. No puedo evitar echarme a reír con su actitud, llevándome de nuevo la mano a la frente.

—De acuerdo... —digo divertido.

—¿Listo, mequetrefe? —pregunta, cogiendo la esponja—. Te voy a dejar brillando como un suelo bien encerado.

==== Capítulo XII ====

No hemos hecho nada digno de mención. Me he bañado sin resultados pervertidos, lo cual es una sorpresa para mí.

Después hemos pasado el día jugando, como siempre, en definitiva. Así que cuando se ha hecho de noche no he dado ni cuenta, solo cuando he notado que la pantalla del televisor se veía más brillante, a causa de la oscuridad.

He estado cenando mientras jugaba, y ni me di cuenta. Soy un desastre. Me relamo un poco y dejo el mando en mi regazo.

—¿Qué hora es? —pregunto, un poco desorientado.

—¡Anda! —exclama Worren, que está sentado a mi lado, con un brazo por encima del respaldo del sofá y una sonrisa guasona en la boca—. Pero si has vuelto al mundo real. ¿Qué tal tu viaje?

Me sonrojo con intensidad y desvío la mirada.

—No... No te pases, solo estaba un poco entretenido.

—Ya lo veo. Me siento ignorado.

—No me digas eso... Pensé que también lo estabas pasando bien. —Lo miro, sintiéndome culpable—. El juego daba mucho miedo.

Worren alza las cejas y se echa a reír. Supongo que en el fondo no hacía caso a la consola. Se me acerca, abrazándome, y frota su mejilla en mi coronilla, haciéndome sonreír.

—Me basta con mirarte —asegura en voz baja, tan dulcemente que me estremezco—. Me gusta verte con los ojos bien abiertos, aunque sea mirando una pantalla. Me gusta que estés despierto. Todavía me maravilla.

Eso me hace sonrojar con intensidad, pero sigo sintiéndome un poco mal. No es como si lo hubiera dejado de lado, estas cosas las hacíamos antes.

—Aun así, lo siento —le digo—. Si realmente te sientes apartado solo sacúdeme.

Pensé que estabas disfrutando de la cinemática conmigo.

—¿Qué cinemática?

Su sonrisa es inocente. El muy cruel sabe que hablamos del juego, pero pasa de mí.

—Pero ya que te has dado cuenta de que hay más mundo aparte del videojuego, puede que valga la pena decirte que es más de medianoche, y los niños tendrían que estar ya acostados.

—¿Tan tarde? Vaya... Quizá sí va siendo hora de dormir. ¿Duermes conmigo?

Lo veo alzar un poco las cejas y sus labios se curvan en una media sonrisa. Me la contagia, porque yo sonrío también.

—Claro —asiente—. Vamos.

Ni siquiera me deja apagar la consola, porque se levanta y lo hace todo él. Alzo una ceja sorprendido y me rio, levantándome también pero para ir a la cama. No tarda en seguirme y darme el pijama, ayudándome a ponérmelo, cosa que le dejo hacer.

Una vez acaba me meto en la cama y me acurruco, esperándole. Worren me guiña un ojo y se acerca a su cama; hace ya bastante días que no la usa. Veo que coge su pijama, que está bien doblado, y sé que no ha sido él, porque yo lo quiero mucho, pero es un desastre. Se cambia de ropa, apaga la luz y viene a mi lado, para sentarse.

Abro la cama para que entre de una vez.

—Entra —le ordeno.

Él ríe por la nariz, pero al final se acuesta, arropándome y abrazándome con fuerza. Cierro los ojos y le devuelvo el abrazo. Sin pensarlo me apoyo en su pecho. Siento sus manos recorrerme la espalda con lentitud y eso me estremece.

—Te quiero.

—Y yo a ti, Hamlet. —Me besa en la frente con suavidad—. Muchísimo.

Suspiro con lentitud y me froto levemente en su pecho.

—Me alegra que así sea.

—Bueno, no me digas que lo pones en duda, guapo...

—No, no lo pongo en duda, simplemente me suena maravilloso.

Él ríe levemente, y noto un soplido en mi coronilla que me hace reír.

—Eres precioso, Hamlet —murmura—. Tan precioso y apetecible... Ah, mierda, ya lo he hecho otra vez.

—¿El qué? —Alzo la mirada, confuso, aunque apenas veo sus rasgos.

—¿Sinceramente? Desear lamerte y morderte y hacerte cosas que te harán ruborizar mucho.

Me rio azorado.

—Pues hazlas —le digo.

Worren también ríe, pero niega con la cabeza, y creo que frota su mentón contra mi frente, aunque no puedo asegurarlo, no veo.

—Cuando seas lo bastante mayor —dice—. Entonces espero que seas tú el que venga a mí, y yo estaré muy contento de complacerte. Hasta entonces, eres mi peluche.

—¿Y qué se supone que debería hacer? Me da vergüenza, y seguiré teniéndola hasta que lo hagamos.

—Y espero que la sigas teniendo después, también, porque me encanta. Pero hasta que sepas lo que quieres hacer, y cómo hacerlo, bueno, esperaré. —Me besa en la frente.

Me relamo los labios y me acerco para besarlo en la boca. No, no sé lo que quiero hacer en la cama, pero sí sé que lo deseo a él. ¿Eso no es suficiente?

Me corresponde al beso y aunque comienza con gentileza, Worren acaba siendo más apasionado. Sé que quiere más. Por eso es más apremiante e intenso. Le oigo suspirar y parece algo así como satisfecho.

—Dame otro —le exijo—. Bésame otra vez.

Me atrevo a mover las manos para tirar de la parte de arriba de su pijama. Él ríe levemente. Se quita la prenda, y luego vuelve a besarme en la boca, con languidez.

—Abre —murmura con voz espesa—. Abre esta preciosa y jugosa boca...

Lo hago, manteniendo los ojos cerrados y aprovechando que su espalda está desnuda para acariciarla. Noto sus músculos, su cuerpo trabajado bajo mis dedos, y eso me azora. Está tan mayor...

Siento cómo su lengua entra en mi boca. Me acalora como siempre hace, pero lo respondo al momento. Y sus manos me acarician el pecho, el costado, y terminan sujetándome la cintura. No pienso cuando aprieto mi cuerpo contra el suyo, metiendo

una de las piernas entre las suyas.

Worren jadea levemente y eso me hace gracia, pero entonces me lame los labios y es mi turno para jadear.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —musita—. ¿Sabes lo que estás pidiendo?

—Sólo me estoy dejando llevar, Worren.

—De acuerdo. Dímelo cuando... no quieras que siga. Porque voy a seguir.

Me muerdo el labio cuando me acaricia bajo el pijama, siento sus dedos tocarme con pasión, con devoción para entrar en matices, y eso me estremece.

Soy yo mismo el que coge el pijama y se lo quita. Sí, me he quitado todo el pijama y me he dejado solo la ropa interior. Por cómo se ríe, creo que le ha hecho gracia mi atrevimiento. Me besa en los labios, luego en las mejillas, y entonces se mueve para ponerse sobre mí. Noto cómo sus rodillas se ponen a los lados de mis caderas. Me siento atrapado en su cuerpo, pero no me molesta. No puedo evitar sonreír con timidez, aunque sé que no me ve.

Tal vez por eso me he atrevido a desnudarme con tanta premura.

—Dímelo —murmura—. Cuando no quieras, solo... dímelo.

—Lo haré —le aseguro.

Muevo la mano para cogerlo de la nuca y acercarlo, para besarlo con profundidad, rozando su boca con la lengua, esperando que le guste lo que hago. Por cómo reacciona sé que le gusta, suspira y no tarda en responderme, moviendo su lengua, lamiéndome y acariciándome. Me siento terriblemente excitado, y no ayuda que sus manos se deslicen por mi cuerpo hasta dar con mi ropa interior. Porque ha recorrido mi maldito cuerpo con sus dedos atrevidos, sobándome, acalorándome, y ahora tiene intenciones de quitarme la poca ropa que me queda.

¿Y él que? ¿Por qué siempre soy yo el pringado que acaba desnudo?

Me quejo por lo bajo, y aunque lo ayudo a quitarme lo poco que me queda, bajo mis propias manos para hacer lo mismo.

Lo escucho tragar. No sabría decir si está tan nervioso como yo. Aunque lo dudo.

Al final accede a quitarse toda la ropa y quedarse en las mismas condiciones que yo. La diferencia, es que él no pierde el tiempo a la hora de bajar la mano y tocarme en

las partes nobles de mi cuerpo.

Lo hace con gentileza. Y ya que ha tenido ese descaro, yo también lo tengo, pero no soy tan delicado, yo agarro eso que le hace hombre entre mis dedos y aunque me asombra, porque me asombra muchísimo el gran tamaño que tiene y lo caliente que está, lo cojo con fuerza, aunque no la suficiente para hacerle daño. A ver, si se coge, se hace en condiciones.

Worren responde al contacto con un brusco jadeo.

—Oh, vaya —masculla.

—Sé que te gusta, soy un chico y sé bien cómo va esto que tengo en la mano.

Me muerdo el labio antes de comenzar a acariciarlo. Bueno, sé que soy algo brusco, pero siempre fui así cuando me tocaba a mí mismo. Rápido, fuerte y sintiendo los dedos como se mueven contra el miembro, apretando para sentir la forma, creando un movimiento rítmico.

Aunque hacerle eso me excita demasiado, me duele mi propia entrepierna, y palpita, pidiendo atención. Solo espero que no tarde en devolverme las caricias con la misma intensidad.

—Oh, dios. Oh, dios. Si así es como lo quieres.

Me aparta la mano y eso me molesta, me enfada. ¡Quiero seguir, me gusta sentirlo! Aún me altera más cuando me pone las muñecas por encima de la cabeza. ¡¿Y qué pasa con mi libertad?! ¡¿No tengo derecho a tocar?!

Pues parece que no, porque con su otra mano me acaricia en el sexo con la misma firmeza con la que yo comencé.

—¿Así, mequetrefe? —musita, acariciándome con cierta brusquedad.

Aprieta los dedos con fuerza y no tardo en jadear. ¡¿Cómo no voy a jadear si me está sacudiendo?!

Trato de soltar las manos, quiero tocarlo, quiero devolverlo. Por eso me revuelvo. Y tiene la desfachatez de reírse.

—¿Así es como te gusta, mi amor?

Se inclina mientras me sujeta como si fuera un muñeco manejable, y sigue con sus caricias, enardeciéndome más. Ah, y lo remata besándome en la boca. ¿Sí? Pues tú te lo

has buscado.

Le muerdo los labios y soy yo quien quiere penetrar su boca con violencia. Te vas a enterar.

No ocurre lo que quiero, el muy cabrón ni se sorprende, ¿para qué? No, claro que no, eso era pedir demasiado. Worren va y se ríe en mi cara. ¡Habrás visto tamaño descaro!

—¡Oh, dios, Hamlet! —dice con voz espesa—. ¡Pero cómo te quiero!

Sí-sí, yo también te quiero, pero eres un cabrón-mandón en la cama.

Me vuelve a besar, bruscamente, y como a él le sale de las narices, porque claro, ahora porque a él le sale de la peineta tiene el control de la situación. Y espera, que eso no es todo. ¡¿Dónde están mis caricias en la entrepierna?! Nadie le ha dicho que pare, pero él va y para.

—Te quiero —me repite más bajo mientras se mueve, colocándose entre mis piernas.

Eh-eh, ¿qué haces ahí? ¡¿Qué esperas encontrar ahí?!

No se te ocurra meterme tu enorme instrumento por el culo, ¡me rompes!

Lo miro, alterado. Está oscuro, pero veo sus formas. Él, absorto en sus cosas, que no se entera de nada porque piensa con su pedazo de... lanza kilométrica... Sigue a la suya, inclinándose para besarme el pecho. Pero claro, yo lo pienso, y es lógico, ¡con eso que tiene entre las piernas se le acumula toda la sangre ahí y no le riega lo demás! Porque claro, para qué va a soltarme de las manos.

Me besa con delicadeza, pero oye, yo las manos como si las tuviera atadas en la cama. Y cómo no, me frota su sexo contra el mío, eso, encima haz galantería de tu gran tamaño, hazme sentir poca cosa, ¡cabrón!

Gruño por lo bajo y sigo revolviéndome. ¡¿Por qué tengo un cuerpo tan pequeño?! Ahora mismo lo cogería de los hombros y lo empotraría en la cama para metérsela por detrás. Pero mi maldito cuerpo no me permite ni soltarme de sus manos.

¡Estoy frustrado!

—¿Qué te pasa, precioso? —ronronea Worren

¡Por fin me libera las manos! Aunque bueno, la ocupa para rodearme la cintura

como si nada. Y la otra, ¿para qué estarse quieta? Me acaricia el pecho para azorarme, para sonrojarme y hacerme jadear. No contento con eso, el perverso me lame el pezón, dejando caer su aliento y después... ¿Qué pasa? ¿Es que tengo cara de vaca? ¡No tiene otra cosa que hacer que ponerse a succionar! Bueno, está bien, admito que no está nada mal eso, y es posible que haya gemido. ¡Pero que deje tranquilo mi pecho!

Tiro de su cabello para hacerle alzar la cabeza, para apartarlo de ahí, para poder morderlo en la boca. Lo oigo quejarse por lo bajo pero acaba obedeciéndome. Eso es, buen chico. Me gusta que responda con fuerza. Pero, ah, su mano ya vuelve a hacer de las suyas, pellizcándome el pezón. Como venganza le muerdo la lengua con cuidado y le golpeo la mano para que me deje el pecho en paz. Me incomoda sentirme tan nenaza.

—Estate quieto —digo, gruñendo por lo bajo.

Muevo las manos para apoyarlas en sus hombros y trato de empujarlo, de tirarlo a él en la cama. En realidad quiero que se arrodille, pero primero tengo que quitármelo de encima.

—No, no voy a estarme quieto —asegura él con espesa voz cantarina, y me mordisquea la mandíbula, y el cretino se resiste a ser apartado, empujado—. Dime que pare si es lo que quieres. Hasta entonces, precioso, quiero seguir devorándote.

—Entonces haz lo que te pido, arrodíllate. Ya.

==== Capítulo XIII ====

—¿Que me arrodille?

Le ha sorprendido mi orden, pero por suerte me obedece, poniéndose de rodillas entre mis muslos, acariciándome el vientre.

—Buen chico — susurro.

Me muevo para apartarme y quedarme delante de él. Apoyo también las rodillas en el colchón y lo miro, alzando el mentón.

—Quieres devorarme, ¿verdad?

Worren tiende una mano y me acaricia el cuello.

—¿Es un interrogatorio? Dios, no puedo pensar.

—No lo es, y sé que no puedes pensar, ¿cómo vas a hacerlo si tienes toda la sangre acumulada en el mismo sitio? —Me rio divertido.

Oh, he descubierto que adoro darle órdenes. El morbo de que siga mis instrucciones, que haga lo que le pida sin rechistar.

Alzo una ceja y coloco mi mano en su nuca.

—Te permito hacerlo, pero bajo mis condiciones.

Lo empujo hacia abajo para guiarlo hacia mi entrepierna. Worren parece sorprendido y se resiste un momento. Hm... ¿Por qué? ¿Acaso no era lo que quería?

—Qué... —musita—. ¿En serio? ¿Así sin más? ¿No te daba vergüenza, mequetrefe?

Aunque se queja acaba apoyando los codos en el colchón.

—Sí, pero la vergüenza ha pasado. Supongo que todo era dejarme llevar. ¿Qué pasa, no te gusta? —Le acaricio el cabello, inspirando hondo cuando sus labios han rozado mi sexo—. ¿Te decepciona?

—¿Tú? —Vuelve a rozarme, apenas un poco, pero lo suficiente para estremecerme—. No. Pero acuéstate, será más cómodo para los dos.

—Acostado no puedo ver como lo haces, pero puedo pensar en una postura más cómoda. Y a todo esto...

Voy a acabar de superar mi vergüenza, voy a comérmela literalmente. Alargo la mano para encender la luz de la mesita.

Nunca antes había pensado en que eso era lo que me gustaba, y ahora que lo sé, me doy cuenta de que no es algo de lo que avergonzarme. Yo le amo, él me ama.

Worren se aparta al notar la luz y se sienta sobre los tobillos.

—¿Así lo quieres? —pregunta con una sonrisa guasona—. ¿Luz encendida, yo a tus pies?

—Por ahora. Después dejaré que me la metas, sin romperme.

Él se ríe, aunque noto que su mirada es esquiva, y por un momento me preocupa haberme excedido. Tal vez le gustaba como era al principio, tímido y sumiso. Pero no soy así. Sí, me daba vergüenza, pero en el fondo deseo esto. Quiero que sea así. He superado la timidez. ¿Está mal que mi posición sea esta durante el sexo?

A pesar de todo se levanta, y yo lo sigo con la mirada.

—Siéntate —indica, deliciosamente desnudo, mientras pone un cojín en el suelo.

Resigo su cuerpo con los ojos, porque me gusta su desnudez.

Sacudo la cabeza y quito el cojín para poner la almohada, es más alargada y más cómoda. Y me muevo para coger una manta ligera, algo para echarle por encima y que no coja frío. Solo entonces me siento, mirándole con fijeza y sintiendo algo de rubor en mis mejillas, porque sé que hará lo que le he pedido y estoy deseando sentirlo. ¿Está mal eso?

Worren se arrodilla sobre la almohada y me atrae hasta el borde de la cama. Veo que se demora en mirarme lo que me hace hombre. Luego alza la cabeza y me guiña el ojo.

—Que sepas que esto no lo he hecho nunca —confiesa—. Sé bueno conmigo, ¿eh?

Lo tomo del mentón y lo obligo a mirarme.

—No quiero que lo hagas si no te sientes cómodo con esto. Sabes que también es mi primera vez, pero a diferencia de ti, yo no sé nada del sexo, solo quise dejarme

llevar. Hazme saber si eso está mal para ti.

Worren entrecierra los ojos y sonrío con suavidad.

—Nada de lo que hagas estará mal —asegura.

Eso me hace sentir más tranquilo, pero no tarda en inclinar la cabeza y tomar mi sexo en su boca, robándome el aliento. Me muerdo el labio y enredo los dedos en su pelo, inclinando un poco hacia atrás para mirarlo. Siento el rubor en mis mejillas y mi corazón desbocado.

Para no haberlo hecho nunca me sorprende como lo hace, como me acaricia con su lengua y sus labios, como me atrapa todo el sexo con su boca con un leve suspiro.

—Worren... —se me escapa lleno de placer, apretando los dedos en su nuca.

Siento mi vientre tenso y mi entrepierna ardiendo, palpitando con fuerza. Lo veo retroceder para sacarlo, y me mira con fijeza a los ojos cuando lame toda su largura.

—¿Está bien? —murmura con languidez.

Gimo, sí, gimo, y lo miro acalorado.

—De maravilla —aseguro con la voz tomada.

Worren sonrío de nuevo, y vuelve a tomarlo en su boca hasta el fondo. Comienza un lento vaivén.

Sé que no voy a aguantarlo mucho, porque me está encendiendo y poniendo nervioso, el lento movimiento me excita demasiado.

—Joder...

Le oigo una leve risilla, aunque no estoy muy seguro porque empiezo a perder el norte. Solo sé que está aumentando el ritmo, siento su lengua moviéndose, tan fuerte y deprisa.

—V-vale, vaalee... —Me cojo a sus hombros—. Aparta si no quieres que a-acabe en tu boca.

Se aparta pero solo para lamerme la punta. ¡Dios!

—¿Quieres? —murmura.

Me siento desorientado por unos instantes, sonrojado, acalorado.

—N-no... no, quiero decir, está bien con la mano o.... —No puedo pensar con claridad cuando lo miro—. Mejor, hm... Mejor haz lo que quieras ahora.

Me sentía perdido con el placer a punto de desbordar.

—Oh, ¿ya no sabes mandar, mequetrefe? —Vuelve a lamer la punta, jugueteando con su lengua.

—Me... siento desorientado... No puedo pensar...

—¿Es mi turno, entonces?

—S... Sí.

Supongo que sí, porque tengo la cabeza llena de una única cosa: correrme. Así de horrendamente dicho.

—Hmmm...

Veo que rodea la base de mi entrepierna, y me la estrecha con firmeza, haciéndome cerrar los ojos y apretar los dedos en sus hombros de nuevo.

¿Qué va a hacer?

—¿Debería dejar que te corrieras ya? —ronronea Worren, todavía de rodillas ante mí.

—También puedes ponerte encima mío, meterme la tuya y acabar así.

—Lo estoy valorando. ¿Tú qué prefieres, mi señorito marimandón? ¿Te monto ya? ¿Te dejo correr con mis manos? ¿Quieres que lo haga con la boca?

—Bueno, dicho con tus vulgares palabras: móntame ya.

Él se echa a reír.

—¡Gracias, dios!

Me sorprende lo rápido que se levanta y me empuja sobre el colchón. Está claro que él prefiere tener el control de la situación y saber que va a meterla. Se coloca encima de mí y me besa con mucha profundidad, diría que hasta con desespero. Y no tarda en volver a ponerse con mi sexo, haciéndome gemir inesperadamente.

Siento mi cuerpo estremecido y cedo un poco el control, en realidad, lo cedo, abriendo las piernas.

Ya que tanto lo deseas, bueno, tómalo.

Me rodea la cintura con un brazo, centrándome más al levantarme. Worren se pone entre mis muslos, y cuando se inclina siento como se frota sus partes con las mías. Lo oigo suspirar, y siento como se relame contra mis labios.

Sonríó levemente, alzando una sola comisura y lo beso. Él también sonríe, y el beso se vuelve lento, profundo... y entre tanto, su mano se desliza por mis caderas y entre las piernas. Sé que busca el sitio donde entrar.

Me relamo y me llevo el brazo sobre los ojos para cubrirlos, acalorado.

—Ey... —Me llama Worren con suavidad, y siento que sus dedos me acarician los labios—. Déjame entrar.

—¿Qué te lo impide...? —susurro.

Ríe por lo bajo.

—La boca, cariño. Abre la boca.

Me sonrojo por la confusión pero abro la boca como me pide, sin atreverme a mirarlo. Con cuidado Worren me introduce dos dedos dentro, me acaricia la lengua y el paladar. Cuando los saca me besa, y sé que sus manos van a ir directas al otro lugar donde puede introducirse. Y queda claro cuando siento como aprieta la entrada, aunque sigue besándome, y sé que lo hace para distraerme, para sentirme relajado. Sé que eso puede ser doloroso si no se toma con calma, aunque no sé qué calma podemos tener ahora.

Le respondo al beso y alzo los brazos para rodearlo como buenamente puedo. Él responde apretándose contra mi cuerpo... y finalmente un dedo penetra en mi interior.

Trato de relajarme y sigo besándole, sé que lo hace para no dañarme, para poder sentir placer y no dolor.

—¿Te duele? —murmura Worren, moviendo el dedo por dentro, jugueteando; mientras me lame los labios y los mordisquea.

—N-no —respondo, azorado, cerrando los ojos con fuerza.

—Ooohh... ¿Quieres más?

Oigo su ronroneo, pero enseguida me muerde lentamente la boca, haciéndome gemir, apretando los ojos cerrados. Tampoco tarda en meter otro dedo, lo noto, aunque sigue sin dolerme. Supongo que está lubricando bastante, y dicho de otra manera, también estoy muy caliente.

No sé cuánto tiempo se toma, pero lo hace con calma, sigue preparándose, acariciándose y besándome. Me siento más al límite que antes.

Al final retira los dedos y se mueve él mismo para colocarse encima de mí, siento su cuerpo pegado al mío.

—¿Listo? —murmura con voz ronca mientras me sujeta los muslos y los levanta ligeramente.

Sigo sintiéndome como un muñeco en sus manos, pero en estos momentos no me incomoda. Me muerdo el labio y asiento con la cabeza.

—Dale.

Worren sonrío y me besa. Me levanta las caderas un poco más, y siento cómo se sitúa mejor. La punta de su sexo se aprieta contra mi entrada, haciéndome jadear.

No tarda en moverse, en entrar dentro de mí. Me llevo la mano a la boca, mordiéndome el dorso. En realidad no me esperaba que fuera tan placentero, no creía que mi cuerpo fuera a tensarse de este modo.

Trato de controlar mi respiración cuando lo miro y le golpeo ligeramente con el pie, dándole a entender que empiece a moverse.

—¿Seguro? —Su voz es apenas un jadeo—. Eres tan estrechito... Mi Hamlet...

—Y... Y s-supongo que eso... te gusta. —Vuelvo a golpearlo para animarlo a seguir—. Vamos, no me hagas esperar, estoy acalorado. Quítame este sofoco.

Empieza a ser insoportable el ardor entre mis piernas, palpita con fuerza y desde que ha entrado ha ido a peor, siento escalofríos por todo el cuerpo, maripositas en el maldito estómago.

Worren tiene el descaro de reírse, pero esa risa suena espesa, doliente. Cosa que me satisface, al menos no soy el único acalorado.

—Muy bien, chiquitín... como tú mandes.

Afirma las rodillas, sujeta mejor mis caderas... y por fin comienza a moverse. Fuerte, profundamente.

Me llevo las manos a la cabeza inspirando hondo varias veces, pero ya no puedo controlar mi respiración, es agitada, ardiente y deseosa de más.

—M-más r-rápido —exijo.

Siento que voy a acabar en nada. Joder.

—Oh, sí —jadea él.

Y apoyándose en un codo me obedece, cimbreándose deprisa, con fuerza, su respiración agitada igual que la mía, y su boca desesperada por besarme.

Muevo mi mano para tocarme yo mismo, porque estoy a punto de estallar, pero Worren no me deja hacerlo, aparta mi mano de un golpe y es él quien comienza a tocarme, a acariciarme con una fiereza que me estremece por completo, robándome el aliento.

—Venga, chiquitín... —ronronea.

Y es que no puedo más. Cuando voy a decirle que se calle y siga, siento la descarga recorrerme por entero. Termina entre sus dedos, sintiendo de mi garganta ese gemido, gorgoteo... lo que sea, escapando de entre mis labios. Siento que él se viene dentro de mí, cuando aún tengo el vientre tenso, vaciándome. Ahora, los dos nos hemos quitado el sofoco, la pasión y el ardor. Ahora lo noto tan débil como yo. Aún sigue sobre mí, y su respiración parece forzosa. No me extraña, hemos tenido mucho movimiento.

Me relamo los labios e inspiro hondo entrecortadamente, abriendo los ojos para mirarlo. Veo que se esfuerza por mirarme y me hace sonreír. Él también lo hace, agotado.

—¿Qué tal? —pregunta en una ronca exhalación.

—No ha estado mal —respondo, divertido, también cansado—. Al menos no me has roto.

—Vamos, confiesa. Te ha gustado. Has disfrutado mucho con mis atenciones... de toda índole.

Lo miro y sonrío con timidez.

—Sí, me ha gustado, pero a ti también.

Worren me devuelve la sonrisa.

—He soñado contigo durante los últimos seis años. Tenerte así conmigo me hace sentir... —Alza las cejas, pensativo—. Cuerdo.

—Te has llevado la palma a la respuesta más creativa. —Lo miro, divertido—. Cuerdo. Supongo que eso es muy bueno, pero también dudo que haya sido como has estado pensando que fuera.

—Ha sido mejor que cualquiera de mis fantasías. Eres... mejor que cualquier

fantasía.

Su comentario me hace sonrojar, y me cubro el rostro con el brazo.

—M... Me alegro. —Bajo el brazo solo un poco para mirarle otra vez—. Creo... que deberíamos descansar.

—En cuanto sea capaz de moverme de aquí te prometo que apago la luz. Estoy muerto.

===== Epílogo =====

Un año después de salir del coma

—¿Hamlet? —llama Worren en voz baja, muy cerca de su oído, sus brazos rodeándolo, estrechándolo con suavidad.

Me muevo en el sofá para mirarlo, dejando el mando sobre mi regazo, y sonrío suavemente. Estaba jugando a la consola, me gusta hacerlo después de comer, pero lo dejo todo por mi chico.

—¿Sí?

—Tengo una propuesta para ti —responde, y luego muestra una pícaro sonrisa—. Esta vez no es de índole sexual, pero quién sabe.

Doy un respingo, sonrojado, cogido por sorpresa con esa salida.

—Perverso... —Río por lo bajo—. Bueno, dime qué es, tengo curiosidad.

Worren suspira y me observa. Ya no sonrío, ni se muestra juguetón, sino que me acaricia el pelo con suavidad.

—Me preguntaba si querrías mudarte conmigo.

Y ahí me suelta la gran bomba. Abro mucho los ojos, y me pregunto cómo puede decirme eso si no tenemos trabajo ninguno de los dos. ¿O sí?

—Sí, c-claro, me... me gustaría que estuviéramos tu y yo solos, pero, ¿cómo?

—El cómo... viene después. Primero quiero saber si quieres hacerlo. Ya sabes, dejar esta casa, partirle el corazón a tu madre, prescindir de los sirvientes... Tal vez mudarnos a otra ciudad. —Hace una breve pausa—. Pensé que sería bueno para ti vivir en un lugar que no tuviera que ver con tu pasado.

Parpadeo lentamente, y le resigo los rasgos con la mirada. No me lo había planteado, pero suena bien. Supongo que será bueno para los dos dar un cambio en nuestras vidas. Empezar de nuevo, y que las cosas nos salgan bien por una vez.

—Sí, me gustaría, Worren.

—¿Sí? —Él vuelve a sonreír y me acaricia la mandíbula, estremeciéndome—. Di un destino. Allí iremos contra viento y marea.

—Donde tú quieras, yo iré contigo, es lo que más deseo. Nada más.

—Donde yo vivía conozco sitios donde puedo encontrar trabajo, y hay apartamentos que puede que encajen con tu... gusto elitista. —Ríe por lo bajo—. ¿Está bien ahí? ¿O quieres que sea distinto para los dos?

Me encojo de hombros.

—Supongo que está bien, sí, podemos probar.

—Vale. ¿Y cómo se lo decimos a tu madre?

—Mamá, acepta que tengo veinte años, me voy a vivir con mi novio, ¿tal vez?

Worren sonríe.

—Mi pequeño mequetrefe ya tiene veinte años... —ronronea—. Y nos vamos a ir a vivir juntos...

Me río cuando empieza a besarme en la boca, la mejilla y la frente.

Ahora las cosas solo pueden ir a mejor.

===== Anexo =====

En el transcurso de esta novela, el co-protagonista, Worren, quiso ampliar su participación con algunas palabras de su propia cosecha... sus pensamientos, sentimientos y temores durante esos tormentosos momentos en que, de pronto, su amado largamente perdido volvía a la vida.

Así pues, aquí te vamos a presentar esos fragmentos, esos capítulos que suceden al mismo tiempo y forman parte, de nuevo, de un personaje anterior.

Capítulo I de Hamlet

—¿Worren?

Dios. ¿Cuánto hace que no oía esta voz? Tan llena de lágrimas, tan destrozada.

—Ophelia —musito.

—Oh, Worren. —Está llorando; la conozco y sé que está llorando—. Worren, yo...

—¿Qué pasa?

Oh, no. No. Si está llamando... Si ella...

—¿Hamlet? —musito, aterrado.

No es posible. No, por favor, no, no...

—Él... —dice su madre con la voz rota—. Oh, dios. Ha despertado.

¿Qué?

Su sollozo se convierte en una risa húmeda. Se está riendo y llora al mismo tiempo.

—¡Está vivo! —exclama.

Hamlet. Hamlet vive.

Mi Hamlet... ha... despertado.

—Dios —murmuro—. Oh, dios. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Hace unas horas. Él... Oh, hice algo terrible, Worren...

Está llorando a lágrima viva ahora. No soporto oírla llorar. No hemos hablado desde hace... ¡Joder, cinco años! ¿Por qué está llorando? ¡Su hijo ha despertado! Mi precioso Hamlet...

—Para él no ha pasado el tiempo, Worren. Pensaba que tenía trece años, mi precioso bebé...

—¿Pero está bien? —Es todo lo que importa—. ¿Está... sano?

—Sí. Ahora está perfectamente. Está un poco aturdido y serio, pero, bueno, acaba de despertar de un coma y... ¡Ay, ha despertado!

Ha despertado. Cierro los ojos y me tapo la cara con una mano. No puedo creerlo. No puedo creer que esté bien por fin. Han pasado seis años.

Sabía que abriría los ojos tarde o temprano, tenía que ser así, pero...

Supongo que no esperaba enterarme cuando sucediera.

—Ha preguntado por ti.

Noto la tensión en todos mis músculos, la palpitación en las heridas del muslo.

—¿Qué? —musito.

—Es una de las primeras cosas que ha dicho, ha preguntado por ti. Lo último que recuerda es estar... contigo.

Besándonos. Es su último recuerdo: estar besándonos. Oh, dios mío, mi pobre Hamlet... Tendría que haber estado ahí. Tendría que haber estado a su lado cuando despertó, joder...

Dolor. Me acabo de golpear la herida. Oh, mierda, cómo duele... Concéntrate. Deja la autolesión para luego, pedazo de tarado.

—¿Podría...? —Trago saliva, inseguro—. ¿Crees que podría...? ¿Me dejaría visitarlo?

Una leve risilla. Ophelia. No recuerdo la última vez que la oí reír.

—Claro que sí, cariño —dice con dulzura, como si no me hubiera echado de la habitación de su hijo hace cinco años—. Seguro que estará muy contento de verte.

Dios mío. Voy a ver a Hamlet. Una vez, solo una vez. Con eso basta. Ver que está despierto, que está bien. Decirle que lo sigo queriendo.

—¡Ah!

El gruñido me sale de dentro cuando me clavo las uñas en el muslo.

—¿Worren? —pregunta Ophelia—. ¿Estás bien?

—Me he dado con el canto de una mesa. ¿De verdad puedo... ir? ¿Mañana?

—Claro que sí. Dame cinco minutos y te mandaré el billete de tren.

—Ah, no, no hace falta que...

—Insisto. Será de parte de Hamlet.

Sé que quiere hacerme sonreír. Lo consigue. Mi precioso Hamlet... Voy a verte una última vez.

Capítulo II de Hamlet

Lo recuerdo.

Dios, seis años y es como si ayer mismo hubiera estado aquí.

Recuerdo el camino de la estación al hospital. Recuerdo las escaleras casi escondidas, y los ascensores, amplios y cómodos. Recuerdo el piso —tercero— y la habitación —trescientos veintiuna—. Recuerdo cómo se llega.

No he tenido que parar. No he tenido que preguntar.

Veo la puerta. Allí, a solo unos pasos. Está entreabierta. Dentro estará él. Hamlet. Mi Hamlet, tal y como estaba hace seis años... pero no. Ahora estará despierto. Ahora me mirará con esos preciosos ojos de azul límpido.

Dios, el estómago se me revuelve. Me va a mirar. Me va a ver. Después de todo lo que ha pasado, lo que le hice, lo que he hecho después... me va a mirar con inocencia. Me culpará. O tal vez no lo haga. Tal vez no le importe. Y eso sería peor.

No puedo estar aquí. ¿Por qué pensé que tenía que verle? Tendría que haberlo llamado, y ya está. Una conversación por teléfono. Que me lo echara en cara. O no. Dios mío. ¿Y si no lo hace? ¿Y si solo quiere seguir donde lo dejamos?

¡Dios mío!

—Hijo, ¿estás bien?

Alzo la cabeza. Es una enfermera mayor, y parece preocupada. Estoy contra la pared, arqueado. Siento ganas de vomitar. No puedo hacer esto. No puedo respirar. No

puedo verle.

Pero sonrío.

—Un retortijón —miento—. ¿El baño?

—Ahí, esa puerta, ¿quieres que...?

—No, gracias, ya está.

Me abalanzo hacia el baño. No puedo respirar. No puedo entrar en esa habitación así. No puedo mirarlo a los ojos y... ¿Y qué? Dios mío, hay tanto que quiero hacer, que quiero decir... Y no puedo.

¡No puedo!

Me encierro en uno de los retretes. Pongo el pestillo. El sonido parece resonar, pero soy yo. No puedo oír, o lo oigo todo, demasiado... Ya no lo sé. No puedo hacer esto.

Dejo caer mi bolsa al suelo y me quito el jersey. Rojo, por supuesto. No muy grueso, pero rojo... rojo granate. Rojo sangre.

Sangre.

No puedo hacerlo, ahora no. ¿Cómo lo voy a mirar a la cara después de esto?

Pero ya me he sentado, ya tengo la navaja en mi mano. Me tiembla el pulso. Lo necesito. Necesito librarme de esta agonía, este dolor. Necesito sacarlo. Con sangre.

El primer corte es superficial. Aprieto los dientes. Duele, pero no lo suficiente. No es suficiente.

Estoy aquí, a pocos metros de Hamlet. No puedo sentir lo que siento. No puedo desear llegar a su cama y abrazarlo. No puedo desear besarlo. No puedo desear decirle que todavía lo amo. No está bien. Es culpa mía. Todo es culpa mía.

Corto otra vez. Cierro los ojos con fuerza y siento la sangre que me baja por el brazo. Cojo el trapo a toda prisa y lo limpio. Sin manchas. Sin restos. Sin pistas.

Vuelvo a coger la navaja. Corto de nuevo.

—¡Ah...!

Me muerdo los labios. Sin ruido, no puede haber ruido, no puede haber advertencia.

Ya estoy mejor. Ya me siento mejor. Mientras siga doliendo seguiré recordando.

Seguiré resistiendo.

Respiro hondo. Sí, ahora puedo. Puedo respirar. Puedo ir hasta allí, mirarlo a los ojos. No lo besaré. No diré que lo amo.

Limpio las heridas rápidamente y me pongo un apósito que cubra los tres cortes. Sin manchas, sin restos ni pistas. Sin que nadie se entere.

Vuelvo a guardar el paño y la navaja, ahora sin rastros de sangre, en el pequeño neceser, y este en el bolsillo interior de la mochila. Me la cuelgo al hombro. Doblo el brazo y contengo el dolor de las heridas sangrantes.

Ahora puedo verle. Ahora... ya no hay peligro para nadie, salvo para mí mismo.

Capítulo V de Hamlet

Lo sabe.

Dios mío, Hamlet lo sabe. Sus manos estaban manchadas de sangre. Mi sangre. Dios. ¿Ahora qué? ¿Qué hago? Miro alrededor, frenético, pero sé que no tengo una salida. Lo sabe. Sabe que estoy pirado, que me dedico a cortarme, coño.

No quiero que lo sepa. No quiero que tenga nada que ver con él.

¿Por qué mierda he venido? ¿Por qué? Tendría que haber llamado. Una llamada. Me acuerdo de ti, Hamlet. Estoy para lo que quieras. Podría haberme controlado mientras hablábamos, pero, oh, no, tuve que venir, ¿no? Quería verle con mis propios ojos, quería tocarlo, quería...

—Ah...

El gemido apenas es audible, pero el dolor es lacerante. Los dedos me arañan el brazo. Más sangre. La sangre que empapa la manga. La sangre que ha desbordado el apósito.

¿Cómo se me ocurre cogerlo en brazos? Pero es que es tan pequeño, tan delgado, tan indefenso... Yo solo quiero cuidar de él. Solo quiero quererlo.

No, no, no, contrólate, hombre. ¿Qué pasó la última vez? Acabó en coma. Acaba de despertar. Contrólate. Hamlet no sabe lo que dice, no sabe lo que quiere. Las cosas han cambiado. Tienen que cambiar. Por él. Por su seguridad. Tú no le convienes, Warren, ¿recuerdas?

Y por dios que ahora no te vas a cortar. Ahora no. ¡Ahora no!

Necesito toda mi fuerza de voluntad para soltar lentamente la bolsa y quitarme el jersey. La manga está pegajosa, y el apósito, inservible. Pero sé lo que tengo que hacer. Estos accidentes no me ocurren a menudo, pero los puedo manejar. Sé cómo hacerlo sin que sea un peligro. Esto solo ha sido un pequeño error de cálculo, nada importante.

Nada importante.

Meto el apósito y el jersey en una bolsa de plástico. Me limpio la sangre que me corre por el brazo y aprieto las heridas, los tres cortes sangrantes, con unos pañuelos de papel.

La hemorragia se detiene muy pronto. ¿Ves? No es grave. Un pequeño accidente.

Hamlet está al otro lado de esa puerta, esperando explicaciones. Oh, no. No, por favor, no puedo, no puedo...

Contengo el siseo. Estoy apretando demasiado. Duele. Pero tiene que doler. Es lo que debe suceder. Dios mío, ahora Hamlet lo sabrá todo. Solo espero que no lo diga. Que me desprecie por ser un tarado que se autolesiona, pero, dios, que no lo cuente. Mi madre no lo soportaría.

Me pongo un nuevo apósito y me limpio las manos. No, ya no hay sangre. Dolor, sí, un poco, pero no sangre. No puede haberla. Saco una camiseta de manga larga y me la pongo. Encima, me pongo otro jersey. Más capas, menos probabilidades. Esta vez todo es negro. El negro oculta las manchas. Dios, que no sangre otra vez.

Tendría que irme. Tendría que largarme ahora, en cuanto salga. Sin dar explicaciones. Sin nada.

Pero, mierda, no lo haré. No a Hamlet. Mi pobre Hamlet... Lo querían matar.

Me miro al espejo y reconozco la ira en mis ojos. No, no. Ahora él está bien, está vivo. Que lo quisieran desconectar es... es algo impensable, pero ya ha pasado. Ahora estará bien. Ahora se recuperará y rehará su vida, como él cree que he hecho yo.

Pero no lo he hecho. Dios mío, Hamlet, yo no he rehecho nada. Sigo pensando en ti cada día. Sigo queriéndote cada minuto. Te quiero, te quiero, te quiero...

Contrólate, mierda. Ahora no puedes pincharte, no puedes cortarte. Suelto la navaja que acabo de coger y la vuelvo a guardar muy profundamente en el bolsillo

interior de la bolsa.

Nada de heridas ahora. Ahora no. Aguántate. Tienes que poder aguantar, solo lo suficiente para irte. Luego... luego...

Luego ya veremos.

Respiro hondo y trato de calmarme. Tengo que estar calmado. No puedo preocupar a Hamlet... más de lo que ya lo estará. Él todavía tiene trece años, todavía somos...

Dios mío. Esto es mucho más difícil de lo que yo creía.

Ojalá lo fuéramos. Ojalá no hubiera pasado el tiempo. Ojalá nunca te hubiera forzado más allá de tu salud.

Lo he estropeado y te he robado seis años de tu vida. Dios. Ni siquiera estás enfadado. Por favor, enfádate. Por favor.

No lo hará, Hamlet no; es demasiado dulce para eso.

Suspiro y me enderezo. Muy bien. Vamos allá.

Capítulo VII de Hamlet

—¡Worren!

Sonrío ante la voz preocupada de mi madre, que ha respondido al primer tono. Apuesto a que tenía el teléfono en la mano.

—Hola, mamá —saludo con una risilla—. Ya puedes relajarte, el tren no ha descarrilado.

—¡Oh, pero qué bobo eres! —No obstante, se la nota mucho más tranquila—. ¿Ha ido bien el viaje?

—Desde luego, aburrido. —Y muy estresante—. Ya he visto a Hamlet.

Hay un momento de silencio. Dejo que lo digiera.

—¿Cómo está? —pregunta con dulzura.

—Bien. Delgado como un palillo, pero bien dentro de lo que cabe. Le he cortado el pelo.

—¡Ay, qué bueno eres!

—Ya, bueno, es que le habían dejado el pelo largo como una chica. Ya sabes que

no lo soporta.

Me apoyo en la pared de la recepción. Ahora, Hamlet está con su madre y con el médico, escuchando lo que tienen que decirle. Escuchando cómo se encuentra su cuerpo y cuál es la dirección a tomar a partir de ahora: la rehabilitación, alguien que lo ayude en casa, cuándo se va... y adónde.

Y yo sigo sin saber qué hacer a continuación. Supongo que necesito una habitación. Había un motel muy majo cerca del hospital, ahora que lo pienso, y creo que los precios estaban bastante bien. Tendré que hacerme un presupuesto.

Todo esto ha sido una locura. Sigue siendo una locura.

Recuerdo su boca bajo la mía, dúctil, anhelante. Ansiosa de mí. Oh, dios mío, no me digas que tengo una erección. Por favor, no.

Suspiro. Esta vez lo hago a consciencia: abro discretamente un imperdible y me lo clavo en el muslo.

—¿Worren?

—Ah, ¿sí? Perdona, estaba distraído.

—¿Estás contento de verle?

Clavo el imperdible otra vez. El agujonazo me ayuda a mantener la perspectiva y el control. Tengo que controlarme ahora, porque cuando lo tengo delante no puedo.

—Claro —asiento con una sonrisa—. Me ha alegrado mucho ver que está bien.

—Ya veo. —Mi madre suspira, y sé que la reconcomen los remordimientos.

—Oye, mamá... No sé cuándo voy a volver a casa. ¿Está bien?

—Claro, tesoro, tienes que hacer lo que creas conveniente. Eres un chico responsable.

—Eso intento.

—Los abuelos y los niños te van a echar de menos.

Río. Supongo que es verdad. Me paso varias veces a la semana por la residencia de ancianos para jugar a las cartas, en lo que, por cierto, me he vuelto muy bueno, y luego está la pequeña escuela de autodefensa de Marise.

Pero lo siento, Hamlet es más importante.

—¿Necesitas dinero? —pregunta su voz por teléfono.

—¿Qué? No, no. Tengo mis ahorros, ¿recuerdas?

—Ya lo sé, pero eso es para ti.

—Por ahora creo que voy bien. Si necesito ayuda te lo diré, pero si la cosa se alarga mucho buscaré algún trabajito por la zona.

—Mi precioso niño trabajador...

Reímos juntos. Noto que una enfermera me mira con censura; quizá no le gusten las carcajadas, pero, vamos a ver, estoy en la recepción, no en el pasillo de los moribundos, ¿vale? Así que le echo una sonrisa encantadora y ella alza la nariz mientras se va, muy digna.

—Aunque sí hay algo que me gustaría comentarte —digo entonces.

—Claro, cariño.

—¿Recuerdas cuando me propusiste quedarte con mi portátil y comprarme otro, y yo te dije que mejor lo compraras para ti?

—Ahá.

—Y no lo compraste.

—Porque en realidad yo no quiero tu ordenador, Worren, solo quiero que tengas uno mejor que esa carraca.

—Vale. ¿La oferta sigue en pie?

—Pero claro que sí. Te mandaré el dinero en seguida.

—Genial, gracias.

—Llámame mañana, ¿de acuerdo?

Ni hoy ni esta noche ni más tarde. Mañana, con libertad. Amo a mi madre.

—Lo haré —le prometo—. Gracias por tu apoyo, mamá.

—Qué tontería, soy tu madre. Haría cualquier cosa por ti.

Me quedo un momento pensando en ello.

—¿Mamá? —la llamo.

—¿Sí, amor?

—¿Sabías que Ophelia desconectó a Hamlet?

Su brusca aspiración me dice que no.

—¡Cielo santo! —exclama—. ¿Cuándo?

—Hace un par de días. No sé los detalles, pero por lo visto después de eso Hamlet despertó en la morgue.

—¡Ay, pobre niño! ¡Debió ser horrible!

—Sí, eso pienso. Me preguntaba cómo una madre podría... matar a su hijo.

Ella se queda callada unos momentos.

—Bueno —dice al final—, han sido seis años de velar.

—Pero tú no lo habrías hecho, ¿verdad?

—Si ahora me dices que preferirías ser desconectado a quedarte en coma, entonces sí, lo haría. Pero sin saberlo, creo que no sería capaz. Preferiría volver a tu habitación todos los días y mantener viva la esperanza.

Sonríó con dulzura. Esa es mi madre.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño. Ahora vete a comprar ese ordenador, en seguida te llegará el dinero.

—Gracias.

Cuelga en seguida y yo también, guardando el teléfono en la bolsa. Bueno, es hora de ir de compras, y la primera parada es la tienda de ordenadores. Tengo que buscar cierta información de importancia sobre parar la autolesión.

Capítulo IX de Hamlet

Está aquí, en alguna parte de esta oscuridad. Presto atención. Oigo cómo respira. Duerme. Solo duerme. Pero despertará por la mañana, y eso lo sé. Lo he comprobado ya.

Pero aun así las noches son terribles, porque... ¿y si no se despierta otra vez? ¿Y si vuelve el coma?

Cierro los ojos y respiro hondo. Tonterías. Hamlet está bien. Mi Hamlet está bien. Mi Hamlet...

Aspiro fuerte entre dientes. El muslo. Si me hago daño aquí, él no se dará cuenta. La herida es invisible de todos modos, solo un pequeño pinchazo. Un imperdible cuidadosamente escondido en la mesita de noche.

Estoy escondiendo instrumentos para autolesionarme. Dios mío, estoy muy mal.

No. No, en realidad estoy mejorando, ¿verdad? Ya no me autolesiono tanto como lo he hecho antes. Desde Lander me jodí mucho a base de bien, pero ya no. Supongo que Hamlet está demasiado atento como para que me lo pueda permitir.

Siempre atento. Siempre vigilante. Siempre con su jueguito de la corbata. Sonrío. Mi pequeño y travieso pícaro... Qué poco sabe de todo esto.

Yo sí sé. Sé mucho más de lo que me gustaría.

Pincho de nuevo, a consciencia. Yo sé. Sé lo que es. Pincho de nuevo, pero no es suficiente y no lo va a ser. Clavo con fuerza el imperdible, cerrando los ojos, y luego giro, aplastándolo contra el colchón. Dios, noto cómo se tuerce. Me muerdo los labios para no gemir, para no jadear. Nada de ruido. Hamlet está durmiendo.

Saco las piernas de la cama y me quito el imperdible doblado. Lo meto en un pañuelo y lo guardo en el cajón, silenciosamente. Sigue sin ser suficiente. Hamlet está mejorando. Yo no. No puedo.

No puedo dejar de pensar en ello. En el sexo sudoroso y sucio. En estar con otra persona. Quería torturarme, y, dios, lo he conseguido. Le deseo. Deseo su boca otra vez, mil veces, un millón. Deseo su cuerpo. Cada vez se mueve mejor. Quiero verlo desnudo y doblándose de placer. Quiero...

No puedo hacer esto. No puedo, no puedo, no puedo. Le quiero, le necesito y no puedo.

Antes de darme cuenta ya he ido a por la mochila y la abro, buscando cualquier cosa que me ayude a recuperar la cordura. Ah. Ah, sí, eso servirá.

El chasquido de la navaja al abrirse resuena en mis oídos.

—¡Worren!

==== Comentarios de Athalia's ====

Y con esto hemos llegado al final de la saga. Todo lo que se inició en la historia de Worren llega a su fin, y Hamlet, que cayó en coma por múltiples enfermedades atacando a la vez, retoma su vida... mejor que nunca.

Lo que comenzó siendo un proyecto más bien experimental nos ha acabado deparando bastantes sorpresas, ¿verdad? Dramas, malos entendidos, amores secretos y romances del pasado que vuelven a florecer... Sombras Grises ha sido mucho más de lo que habíamos previsto, ¡y esperamos que hayas disfrutado cada página!

Con esto, la saga ha terminado... ¡Pero no olvides que el universo de Athalia's tiene mucho más por ofrecer!

Gracias por tu lectura,

Athalia's

<http://athalias.es>

Saga

Sombras Grises

1. Worren
2. Lander y Alberich
- 3. Hamlet**

~ 106 ~